

Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 2do Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

Vol. 2





INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: ISIDRO H. CISNEROS RAMÍREZ
Consejeros electorales: GUSTAVO ANZALDO HERNÁNDEZ
FERNANDO JOSÉ DÍAZ NARANJO
ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ
CARLA A. HUMPHREY JORDAN
YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ
NÉSTOR VARGAS SOLANO

Secretario ejecutivo: OLIVERIO JUÁREZ GONZÁLEZ

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL

Propietario: OBDULIO ÁVILA MAYO
Suplente: JUAN PABLO SAAVEDRA OLEA

PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL

Propietario: MARCO ANTONIO MICHEL DÍAZ
Suplente: GUSTAVO GONZÁLEZ ORTEGA

PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA

Propietario: MIGUEL ÁNGEL VÁSQUEZ REYES
Suplente: FELIPE PÉREZ ACEVEDO

PARTIDO DEL TRABAJO

Propietario: ERNESTO VILLARREAL CANTÚ
Suplente: ADALID MARTÍNEZ GÓMEZ

PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO

Propietario: ZULY FERIA VALENCIA
Suplente: MISAEL SÁNCHEZ SÁNCHEZ

CONVERGENCIA

Propietario: ARMANDO LEVY AGUIRRE
Suplente: HUGO MAURICIO CALDERÓN ARRIAGA

NUEVA ALIANZA

Propietario: MAXIMILIANO REYES ZÚÑIGA
Suplente: CARLA ALICIA ARRIETA ROJAS

PARTIDO ALTERNATIVA SOCIALDEMÓCRATA Y CAMPESINA

Propietario: HÉCTOR VÁSQUEZ AGUIRRE
Suplente: SERGIO LUIS AGUAYO NEAVE

Cuentos de niños para niños

Cuentos ganadores del 2do Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

Vol. 2



COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

DIRECTORIO

PRESIDENTA

Consejera electoral YOLANDA C. LEÓN MANRÍQUEZ

INTEGRANTES

Consejero electoral ÁNGEL RAFAEL DÍAZ ORTIZ

Consejero electoral NÉSTOR VARGAS SOLANO

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

LAURA REBECA MARTÍNEZ MOYA, directora ejecutiva

Coordinación general: Cecilia Rivadeneyra Pasquel, directora de Difusión y Producción de Materiales

Editor: Valentín Almaraz Moreno, subdirector de Diseño y Producción de Materiales

Corrección de estilo: Nilda Ibareguren, técnica especializada "A"

Diseño y formación: Susana Cabrera, jefa del Departamento de Diseño y Producción, Xavier Aguilar, coordinador de grupo "C"

Ilustración: Valeria Gallo

Autores: Zyanya Lucía Rodríguez Ramírez, Diana Estefanía Patiño Zarza, Abril Alejandra Vertiz Santiago, Luis Alberto Sánchez Vázquez, Carlos Eduardo Fuentes Espinosa, Carlos Espinosa Canseco, Mario Michel Carballido González, Tania Asensio Ornelas, Alan Silva Torres.

D.R. ©Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, diciembre de 2007

ISBN: 970-786-014-6

Impreso y hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7582-73-1

Índice

Primera categoría

La muralla de la democracia, 7

Un mundo de niños, 19

La democracia como forma de vida, 35

Segunda categoría

La vida de un barrendero, 49

Los grandes amigos, 63

La magia de las historias, 75

Tercera categoría

De viaje a la democracia, 85

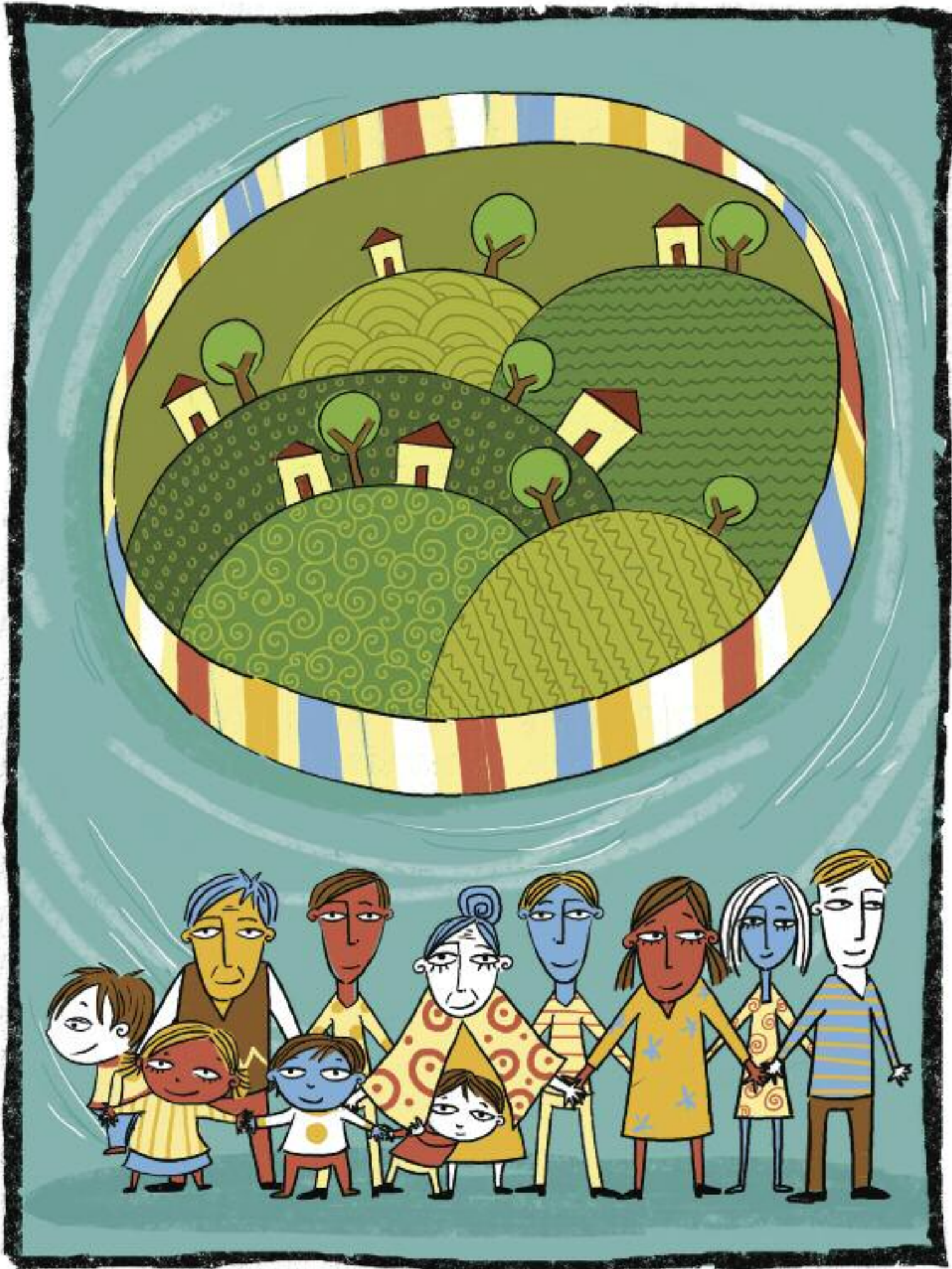
Esperanza: un viaje interminable, 121

José Francisco, un bandido en el olvido, 149

La
muralla
de la
democracia

Zyanya
Lucía
Rodríguez
Ramírez

Primera categoría, primer lugar



Como cada domingo, los niños rodeaban al anciano.

—Abuelo, cuéntenos esa historia que nos habías prometido hace mucho tiempo.

—Sí, señor, usted nos lo prometió. Cuéntenos la historia, por favor.

—Pero ya les dije que esa historia es muy larga, niños.

—Pues por mí mejor que no la cuente.

—¡Cállate Luis, que siempre tenemos que escuchar tus historias!

—Sí, es cierto. Siempre tenemos que escuchar tus historias, cuando las de nosotros son mejores.

—No es verdad. Mis historias son las más fabulosas de todas.

—Ya, basta. Si se siguen peleando así, no les voy a contar la historia.

—¡Nooo!

—Está bien, como se encuentran más tranquilos se las voy a contar. Cuando yo era niño las personas vivían separadas por sus diferencias.

—¿Cuáles diferencias?

—Por ejemplo, por su color: tú eres azul, él es rojo y yo soy blanco.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ahora nada, pero en ese tiempo las personas vivían separadas por sus diferencias en el color de la piel y en las ideas. Los rojos no les hablaban a los azules, ni los azules a los amarillos y los amarillos no podían ni ver a los verdes. Todos creían ser mejores que los demás y opinaban que las ideas de los otros no servían para nada.

—Luis también hace eso.

—Eso no es cierto.

—¡Ya!, dejen que continúe, que hoy me toca ayudar a mi hermanita con sus tareas y no voy a terminar de escuchar la historia.

—Entonces, ¿la muralla la construyeron para no tener que verse entre personas de diferente color? ¿Por qué está pintada de todos los colores de los que somos las personas de la isla? ¿Por qué la llaman la muralla de la democracia?

—Una pregunta a la vez, por favor. Guarden silencio y responderé cada una de ellas. En ese tiempo existían embarcaciones enormes que se dedicaban a atacar a las islas para obtener comida y riqueza.

—¿Como los piratas que sale en las películas?

—Exactamente, Natalia, igual a los piratas de las películas. Como ustedes saben, esta isla es de las más lejanas y difíciles de encontrar, por eso creíamos que jamás llegarían. Pero las noticias de las diferencias entre la gente de la isla habían llegado a las islas vecinas. Y esto nos hacía un lugar sencillo de conquistar.

—No entiendo. ¿Qué tenía que ver que la gente no se hablara y discutiera con que no pudieran defenderse?

—Es simple, si no éramos capaces de ponernos de acuerdo para decidir en dónde se pondrían los faroles de la plaza, o en qué calle iniciaría el desfile de Navidad, ¿cómo podríamos ponernos de acuerdo en cosas tan importantes como defender nuestra isla? El jefe de las embarcaciones era inteligente y sabía que la falta de tolerancia y respeto por las ideas de cada grupo nos haría presa fácil. Mientras estuviéramos discutiendo entre nosotros, ellos aprovecharían para llevarse lo que quisieran.

—¡Eso es terrible! Pero, en la clase de historia no hemos visto nada relacionado con un gran asalto, ¿por qué?

—Eran las 4:30 de la mañana cuando escuchamos un sonido inconfundible, la sirena del faro interrumpía el sueños de todos, la gente salía a la calle entre dormida y despierta, nadie sabía qué pasaba, los hombres con sus gruesas chamarras y las mujeres envueltas en sus chales. Mi padre me prohibió salir, pero mi abuela me escondió en su chal. Todos se reunieron en la plaza principal. Yo estaba sorprendido, era la primera vez que veía a gente de distintos colores tan cerca una de otra. Aunque algunos no dejaban de mostrar su desagrado. El altavoz se había descompuesto un año antes y como todavía no podían ponerse de acuerdo entre arreglarlo y comprar uno nuevo o usado, el alcalde hablaba a gritos tratando de describir lo que el vigía del faro había visto a la distancia. “¡Silencio! ¡Guarden silencio por favor!” “¡Basta, dejen escuchar!” “¡Qué horas son éstas de despertarnos!” “Calma, señores; esto es realmente grave, nuestro vigía ha hecho sonar la sirena porque a lo lejos se ve la embarcación que nadie quiere que llegue aquí”, explicó el alcalde. “¡No puede ser, hay que hacer algo!”,

gritó una señora roja muy asustada. “¡Claro que hay que hacer algo! ¡Qué observación tan inteligente!”, dijo una señora amarilla en tono de burla. “Silencio, no tenemos tiempo para sus tonterías”, dijo mi abuela, que era una anciana blanca, sabia e inteligente. La gente comenzó a reunirse con las personas de su mismo color. De pronto, la plaza parecía una cartulina adornada con grandes círculos, rojo, azul, verde y amarillo.

—¿Y los blancos como tú?

—Hacía tiempo que las personas blancas pensaban que esa eterna discusión tenía que terminar porque sólo nos debilitaba. Mi abuela y los demás de mi color se quedaron dispersos en la plaza tratando de escuchar las ideas que aparecían en cada grupo. “Debemos construir una gran nave y subir ahí los cañones que hemos guardado por tanto

tiempo y que nada más nosotros tenemos”, dijeron los azules. “Desde el mar no podremos defendernos, construyamos una torre más alta que el faro y aprovechemos las catapultas, arcos y flechas de nuestros abuelos”, decían nerviosos los rojos. “Aún tenemos las balsas pequeñas. Lo mejor es que huyamos a otra isla, pero, únicamente cabemos nosotros”, planteaban los amarillos. “No podemos dejar que ataquen nuestra isla, éste es nuestro hogar; nosotros somos grandes constructores, podemos construir una gran muralla. ¿Cómo defenderemos la isla si no tenemos armas?”, decían los verdes, mientras se abrazaban entre sí. Poco a poco, las voces se hacían más altas. Tanto, que yo temblaba bajo el chal de mi abuela. Cada uno defendía su idea y aseguraba que era la mejor. La gente comenzó a forcejear entre sí. El alcalde no podía controlarlos. Gritaban tan fuerte que ya no se escuchaban, nada se entendía. El tiempo pasaba, la embarcación estaba cada vez más cerca y no hacían más que discutir. Todo estaba fuera de control. Los ancianos de cada grupo comenzaron a verse los unos a los otros. Ellos sabían que si no acordábamos algo, ése sería el final de la isla. Entonces comenzaron a reunirse en el centro de la plaza.

Cuando estuvieron todos juntos, gritaron fuertemente: "¡Cállense, todos! ¡Parecen monos! Así no vamos a llegar a ningún lado. Nuestros hijos dependen de nosotros". Silencio total, nadie podía creer lo que veía: un grupo de personas distintas compartiendo una misma idea para lograr un bien común. Un anciano amarillo tomó la palabra: "Nosotros tenemos algunas barcas pequeñas. Podemos utilizarlas para distraerlos. El problema es que no soportarían un cañón". Una anciana roja exclamó: "¡Un cañón no, pero pueden llevar los arcos y flechas que nosotros teníamos guardados! ¡Así podrán defenderse! ¡Esas flechas nos pertenecen! ¡Igual que las catapultas!". El alcalde ordenó: "¡A callar! Basta de discusiones tontas. Tenemos que defender nuestro hogar y eso lo haremos respetando nuestras diferencias y aprovechando lo que cada uno pueda aportar. A menos que quieran que pase con la isla lo mismo que con el altavoz". Todos volvieron a callar. "Eso servirá en un principio. ¿Qué haremos si logran llegar a la isla?" "Nosotros tenemos cañones y municiones. Sin embargo, desde la playa no creo que sirvan mucho", dijo el más anciano de los azules. Una anciana verde estaba a punto de decir algo cuando los hombres de su grupo gritaron: "¡Nosotros construiremos una muralla alrededor de la isla! Muy larga y alta, para poner ahí los cañones". "¡Y nosotros les ayudaremos!", decían los hombres azules, amarillos, rojos y blancos. Las mujeres blancas sugirieron: "Reuniremos la comida y la repartiremos entre todos mientras no podamos volver a salir de la isla". "Nosotras, las ancianas, ayudaremos cuidando a todos los niños." "¿Todos los niños?", pre-

guntaron las madres asustadas. “¡Claro que todos los niños!” Aquello era emocionante. Nunca antes había jugado con niños de otro color. Ignoraba a qué jugaban o cómo se divertían. El trabajo comenzó y lograron construir la muralla en poco tiempo. Con la ayuda de todos la gran embarcación nunca llegó a la isla. ¡Fue un día maravilloso! La gente gritaba, bailaba y reía, una gran banda de música de todos colores tocaba en la plaza y los niños corríamos y jugábamos. El alcalde tomó la palabra, ya no tuvo que gritar. Un hombre verde había compuesto la bocina con las refacciones que un hombre amarillo le había conseguido. “¡Este es un gran día para nuestra isla! Puesto que hoy hemos aprendido que las diferencias nos hacen más fuertes. Y que la democracia y el respeto de cada idea es importante para vivir en armonía. Esto es lo que debimos enseñar a nuestros hijos hace mucho tiempo, y lo que ahora comienzan a entender.” “¡Bravo!”, gritaban los niños al mismo tiempo. Yo también gritaba feliz de vivir ahora en una isla diferente.

—¡Guau! ¡Esa historia es fantástica! —exclamó Luis—. ¿Y los colores de la muralla?

—Decidieron pintarla así para que nunca olvidáramos lo que habíamos logrado juntos.

—Qué bonita historia, muchas gracias por contarla. Lástima, tengo que irme. Debo ayudar a mi hermanita con su tarea.

—¿Y si le ayudamos entre todos para terminar antes?

El anciano sonrió complacido:

— Esa es una gran idea. Vayan y diviértanse mucho.

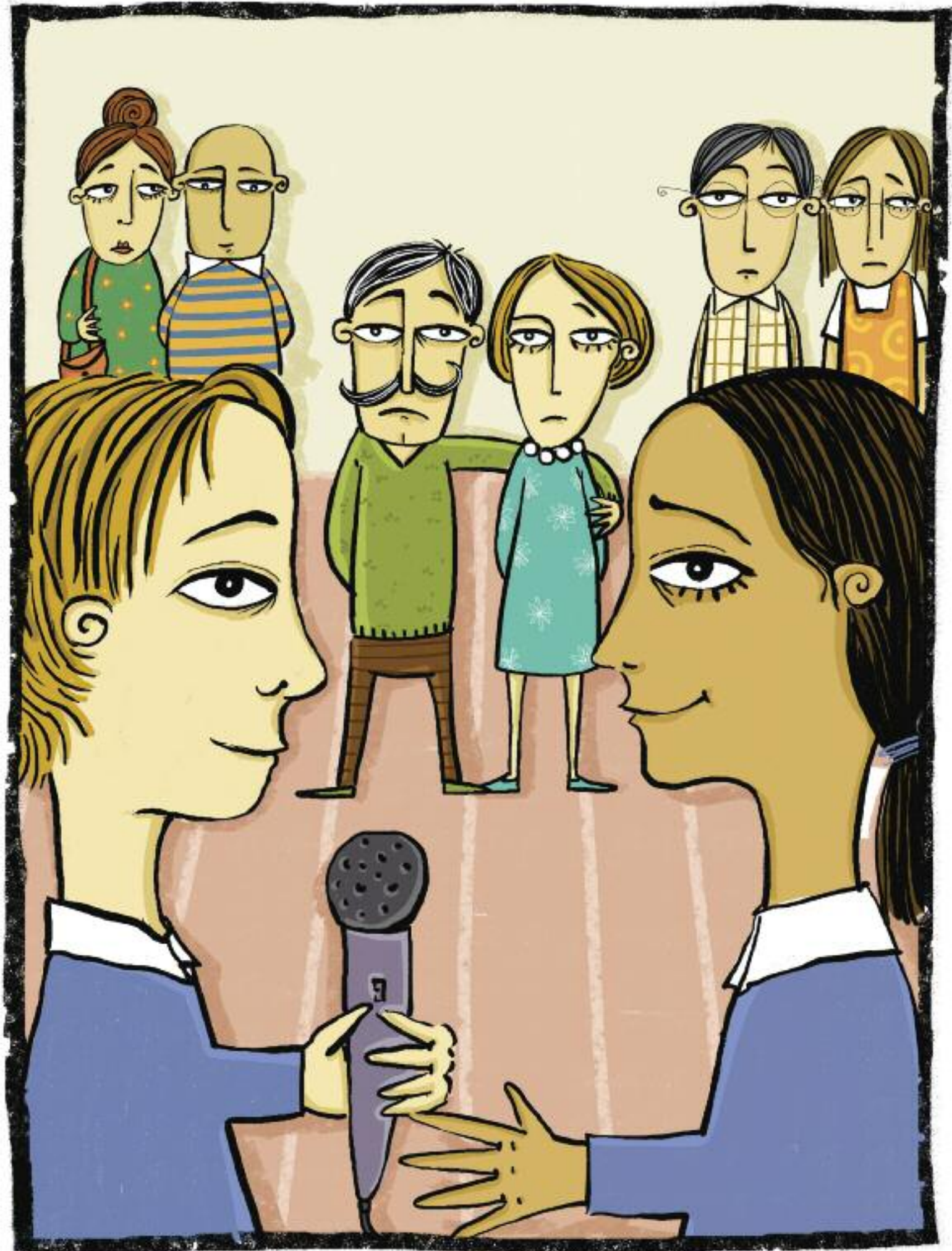
—¡Gracias, abuelo! Hasta mañana.

—Hasta mañana, pequeños.

Un
mundo
de
niños

Diana
Estefanía
Patiño
Zarza

Primera categoría, segundo lugar



Todos estaban emocionados en la escuela “Democracia Siglo XXI”. Era la hora del recreo y no había otro tema que el de la elección por primera vez de un representante de los alumnos para la Junta de la Comunidad Escolar. A todos los niños les emocionaba la idea porque nunca los habían tomado en cuenta. Eso de que los adultos decidan todo no es de lo más padre, pensaban. El único problema es que ahora, ellos también tenían que hacerse cargo de organizar la elección y hacer las reglas y sólo contaban con cinco días para tener a sus candidatos y elegir un ganador.

Además, sólo podían participar los alumnos de quinto y sexto año. Ya todos hablaban de sus favoritos.

—Para mí, Estefanía es la mejor —dijo uno de los niños a sus amigos que le rodeaban, a la hora del recreo.

—Eeehh, le gusta, le gusta —coreó de inmediato uno de sus compañeros, haciendo que los demás se unieran en son de burla, y haciendo que sus mejillas se pusieran rojas.

Lo cierto es que no iba a ser nada fácil, porque no estaba claro para ellos cuáles debían ser las reglas.

—Yo digo que es retepoquito tiempo para lo de nuestras campañas —dijo uno.

—Pues el que gane, que organice una fiesta, ¿no? —propuso Isaac, frotándose las manos.

Por lo pronto había que ponerse de acuerdo con las reglas, ya que los maestros les dijeron que era parte de la tarea y que ellos tenían que demostrar que eran capaces de organizarse y respetar sus propias reglas.

Decidieron quedarse después de clases, en el salón más grande de la escuela.

La oportunidad de ser “presidente” de los alumnos no sólo les importaba por lo bien que sonaba. Era una cosa divertida que le dijeran a uno así, pero además, entre los niños y las niñas se hablaba de que el que ganara, seguro que tendría más éxito con cualquier niño o niña que le gustara. En la escuela, eso de ser popular tiene sus cosas buenas.

Además, por lo que habían platicado en sus casas, a los papás les importaba mucho más el premio que había ofrecido la escuela, ya que el ganador saldría en un programa de televisión de la Secretaría de Educación Pública, donde se hablaría de las nuevas comunidades escolares y, lo más importante, para ellos, es que también se ganaría una

beca para sus estudios futuros.

Al salón de los maestros llegó Miss Esperanza al final de las clases, sonriente como quien va a platicar el chisme del año.

—Ya están todos los quintos y los sextos, yo creo que se quedaron casi todos —comentó a sus compañeros que tomaban café.

—Muchos papás se enojaron porque los van a tener que esperar —comentó Miss Isabel. Entre ellas, hicieron sus propios pronósticos, basadas en lo que habían visto en sus clases, pero con una observación más...

—Pues si se tratara de ser justos, escogerían a Rosita, por sus calificaciones —agregó Miss Esperanza, aunque al decirlo se dio cuenta que ese era un criterio adulto. Lo cierto es que aquella chiquilla callada, de pocos amigos, medio sorda del oído derecho y de condición muy humilde, difícilmente iba a ser elegida por aquellos chiquillos más entusiasmados por otro tipo de compañeros.

Tal como lo habían previsto, los alumnos decidieron proponer a Estefanía, Yazmín y Ricardo. Cada candidato escogió a su "equipo de campaña", que no eran más que sus amigos más cercanos.

Los papás de los candidatos, de inmediato trataron de "mejorar" las estrategias de campaña de sus hijos.

—Hija, ¿por qué no llevas dulces mañana y les pones una tarjetita que diga “voten por Yazmín”? Yo te las puedo hacer y así conseguirás más votos.

—Me parece buena idea –dijo Yazmín–, a todos los niños les encantan los dulces y son tan interesados que seguro ganaré su voto.

La tía de Estefanía, quien trabajaba como secretaria en la Dirección de la escuela, no escondía su emoción.

—Ya conseguí permiso para ocupar el periódico mural de la escuela y los pizarrones en donde ponemos los comunicados para los alumnos, para pegar propaganda para tu elección, así como tu foto, ¡cómo ves!, así todos podrán verla y ganarás más votos –le dijo, con un gesto como el de las madrinas que preparan bodas.

—Gracias tía, estoy segura que ganaré, pues una de mis propuestas es que ya no nos dejen tarea y que los viernes se suspendan las clases a las diez de la mañana –contestó Estefanía dándose aires de importancia.

Como todos los candidatos se acercaron a que Rosita les diera consejos, ella decidió hacer una especie de volante que entregó a todos, con la propuesta de incluir en el horario escolar un tiempo para que todos desarrollaran una actividad recreativa, sin que afectara las clases, proponiendo además que se leyera en clase un libro cada mes, para elevar la cultura de los niños y hacer que todos conocieran lo grato de la lectura. Sus recomendaciones provocaron diferentes reacciones, pues algunos niños discriminaban a Rosita por su discapacidad, llamándola “la sorda”, y por esta razón se alejaban de ella y no la tomaban en cuenta,

pues la consideraban inferior a ellos, y por su origen humilde la tachaban de naca.

Por su parte, la familia de Ricardo organizó una fiesta y cuando ya había llegado la mayoría, la mamá de Ricardo les dijo a los niños invitados:

—Buenas tardes, muchachos, todos son bienvenidos; bueno, ya saben que esta fiesta es para que voten por Ricardo, y a cambio de su voto les vamos a dar unas fabulosas plumas de gel que proyectan una luz azul, es más, para que vean que hablo en serio, hoy vamos a rifar varios juegos de plumas.

Todos se alborotaron y se hizo la rifa, resultando varios ganadores; empezaron a jugar con las plumas y a echarse la luz sobre los ojos de sus compañeros; las plumas eran de baja calidad, importadas de quién sabe dónde. El caso es que los padres de Ricardo no se dieron cuenta que la luz era un rayo láser, que provocó que Antonio, compañero del salón de Ricardo, empezara a quejarse de dolor en los ojos.

—Papá, papá, no sé qué le pasa a Antonio. Está llorando y se queja de un dolor muy fuerte en los ojos —le dijo.

Tras preguntarle el padre de Ricardo a Antonio qué era lo que le había pasado, Antonio le contestó que uno de sus amigos le

había estado echando la luz de la pluma en los ojos y de pronto había sentido un dolor muy fuerte. Pidió que lo llevaran a su casa, pero como acababa de cambiarse de domicilio no pudo darle ni su teléfono ni su dirección al padre de Ricardo, y como su mamá iba a pasar más tarde por él, el padre de Ricardo prefirió llevarlo al hospital, en donde le dijeron que por la exposición al rayo láser sus ojos tenían quemaduras y que a lo mejor perdería parte de la visión.

La fiesta había terminado mal de todos modos para todos, ya que los demás candidatos y sus papás pensaron que ésa no era la forma de ganarse el voto de los demás y cuando fueron a protestar hasta la casa de Ricardo se enteraron de que varios de los niños habían sido llevados al hospital por la misma razón que Antonio, por lo que en la noche, afuera del hospital, parecía que había una manifestación, pero en realidad era que todos los papás se estaban peleando unos con otros y terminaron en la Delegación, acusándose todos contra todos.

Los niños sintieron vergüenza de lo que escucharon decir a sus papás sobre los otros papás y sobre algunos de sus amigos. Nunca se habían imaginado que las cosas iban a ponerse así.

Todo lo que pasó ese día llegó hasta oídos de algunos funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, que empezaron a ver la forma de suspender todo y castigar a la escuela y a los involucrados.

Cuando los niños se dieron cuenta que sus papás ya no se hablaban con los otros papás, que en la escuela se habían hecho grupos donde los que antes eran amigos ahora ya no lo eran y parecía que todo mundo estaba de pleito, decidieron que las cosas no las habían hecho bien y que si no querían perder la oportunidad de que los volvieran a tomar en cuenta necesitaban hacer algo ya.

Convocaron a una junta urgente antes de la hora de la salida con el permiso de su maestra, quien al verlos tan preocupados y unidos pensó que tal vez valía la pena ver qué era lo que podían lograr.

—Yo no sé en qué momento cambió todo, pero me da miedo ver lo que está pasando en mi casa y lo que dicen que van a hacer para que yo gane y los otros pierdan —dijo Ricardo.

—A mí me están obligando a escribir discursos que no entiendo y me aconsejan que diga cosas feas de Yazmín y de Ricardo, y de veras, no quiero hacerlo —comentó Estefanía.

—Bueno, pues a mí también me han aconsejado hacer algunas cosas que no siento que estén bien —confirmó Yazmín.

Se hizo un silencio y todos se quedaron viendo entre sí. Luego voltearon a ver a Rosita, que era la única que había propuesto cosas positivas.

—¿Tú qué harías en nuestro lugar? —le preguntó Ricardo.

—Yo, les trataría de demostrar que nosotros podemos hacer nuestra tarea sin pelearnos unos contra otros —dijo roja de la pena de tener que hablar ante todos—. Creo que debemos pedirles a los papás que no se metan en nuestra elección y así ninguno de ellos saldrá con pleito.

—Yo estoy de acuerdo, pero quiero proponerles otra cosa —dijo Ricardo y los demás se quedaron muy atentos— quiero proponerles que hagamos nuestra votación de una vez ahorita y que tomemos en cuenta como candidata a Rosita, que es no sólo la más aplicada, sino la única que ha hecho sugerencias para el bien de la escuela y de nuestro futuro. ¿Qué opinan?

Fue en ese momento que todos se dieron cuenta que si tenemos el valor de reconocer las cualidades del otro, las cosas pueden salir mejor para todos. Por primera vez se sintieron como un verdadero equipo.

La elección fue sencilla, pues ya nadie tenía duda de quién iba a ganar. Como sabían que Rosita no oía bien, le escribieron en cartulinas que había ganado, aunque claro, eso ya era broma, porque bien que se había dado cuenta.

A la hora de la salida, después de haber informado a los maestros y la directora de lo que había ocurrido en ese salón, salieron a hablar con los papás, que ya se estaban peleando otra vez, echándose la culpa unos a otros de que la Secretaría se había enojado, de que la escuela los iba a suspender y, en fin, de muchas cosas así.

Ricardo pidió un altavoz y cuando sus papás lo vieron aparecer sonrieron triunfantes, pues vieron cómo lo acom-

pañaban los demás candidatos, como si él fuera el ganador. Otros papás estaban desconcertados por esa repentina reunión en la calle.

“Quiero decirles a nuestros papás, que decidimos que no era necesario más tiempo para tomar una decisión de los alumnos y ya hicimos hoy la elección de nuestro representante para la Comunidad Escolar” –empezó diciendo ante el asombro y creciente silencio de los padres.

“No queremos que nos pase lo mismo que a los adultos, por eso es que decidimos terminar hace dos horas con las campañas y platicar entre todos lo que más nos convenía a todos. Quiero decirles que ya tenemos un representante, y que es nuestra compañera más dedicada, la más preocupada por nuestro futuro y la mejor preparada para hacer este trabajo que nos han pedido. Con ella nos sentimos a gusto y nos da gusto saber que gracias a esto va a poder terminar sus estudios. Ella es Rosita... y aunque es un poco callada, estoy seguro que nos quiere decir algo...”, terminó diciendo Ricardo. Se hizo un silencio, y luego un murmullo cuando Rosita tomó el altavoz.

“Hola, papás, hola mamás. Como estoy muy nerviosa y muy emocionada, sólo quie-

ro pedirles que no se molesten por la decisión de mis compañeros. Quiero pedirles que acepten que los niños podemos tomar decisiones, aunque nos falte madurar en muchas cosas. Algo nos pasa a los seres humanos que cuando crecemos dejamos de compartir y nos ponemos a competir. Algo nos pasa, que olvidamos jugar para divertirnos y para soñar, y en su lugar apostamos todo por lo que creemos que es ganar.

“Esta escuela es nuestro mundo, nuestro ‘mundo de niños’ y en él queremos la oportunidad de decirles a ustedes, a los maestros y a nuestro gobierno, que en este mundo de niños somos capaces de escuchar a nuestro compañero de banca, de quererlo aunque no estemos de acuerdo con él, y de ayudarlo a ser mejor, porque ser mejor es parte de ser feliz.

“Quiero pedirles que no se molesten porque me hayan escogido a mí, la que aparentemente oye menos que todos, la que aparentemente tiene menos que ofrecer. Primero, porque hoy aprendimos lo que significa la palabra ‘democracia’, y nos dimos cuenta de qué es lo que nos hace falta para vivirla. Segundo, porque en mi casa me enseñaron a dar las gracias, y para mí, una forma de dar las gracias a quien confía en

uno, es esforzarse al máximo, y eso, lo conozco desde que era muy chiquita.”

Rosita ya no pudo decir más, porque un nudo se le hizo en la garganta. De todas formas no hacía falta. Todo mundo había entendido el mensaje. Los papás se sentían admirados por la lección que les habían dado los niños. Avergonzados de pensar en cómo se habían comportado. Conmovidos por las palabras y la mirada llena de luz de Rosita. Adoloridos por reconocer que el “mundo de niños” también había sido su mundo algún día y que en alguna parte del camino se había transformado en otra cosa, a la que todavía no sabemos ni niños ni adultos cómo llamar.

La
democracia
como
forma de
vida

Abril
Alejandra
Vertiz
Santiago

Primera categoría, tercer lugar



El 9 de enero de 1996 abrí por primera vez mis ojos y miré la luz del día; según mis papás me cuentan mi rostro tenía algo que le llama la gente salpullido, yo le digo granitos blancos. Bueno, mi mamá siempre me dice que tuvo muchos problemas para que yo naciera, uno de ellos fue que los dolores del parto comenzaron el 9 de enero del mismo año como a eso de las seis de la mañana, cuando ella aún dormía. Le dijo a mi papá pero él quería seguir durmiendo, me imagino que mi mamá se sintió preocupada porque podría tener complicaciones si continuaba dormida así es que ella decidió levantarse y arreglarse para ir al hospital. Una vez que se despertó mi papá, se arregló, pero no para acompañar a mi mamá sino para irse a la escuela ya que ellos eran aún muy jóvenes y mi papá continuaba estudiando la preparatoria.

Este relato no sólo es una pequeña parte de mi vida sino que es una de las formas más simples en donde podemos observar los valores que brotan de la democracia.

La responsabilidad, o más bien la irresponsabilidad de mi padre de no llevar a mi madre al hospital es la muestra más clara de que en algunas personas no hay interés por los demás, en donde sólo se ve el beneficio propio.

Una vez despiertos, bañados y cambiados ambos se marcharon en diferentes direcciones, mi mamá al hospital y mi papá a la escuela. En ese momento antes de partir, mi abuelita observa la situación e inmediatamente se prepara para acompañar a mi mamá al hospital.

Sin duda éste es el momento que todos quisiéramos ver en nuestras vidas, la compasión de otros por nuestros problemas, el amor y el interés de los demás por nosotros.

Ambas se fueron camino al hospital e internaron a mi mamá para que pudiera dar a luz a una hermosa niña o sea yo. Mi mamá me cuenta que en aquel lugar no fue tratada muy bien, que las enfermeras se comportaban de manera apática con ella y con todas las demás personas que se encontraban hospitalizadas. Durante casi doce horas mi mamá estuvo tratando de dar a luz sin ningún éxito y fue entonces cuando mi mamá volvió a insistir con otra enfermera que pasaba por ahí y le dijo que ya se había cansado de pujar y nada y que además ya se estaba sintiendo muy débil, entonces la enfermera le hizo el tacto o algo así y después de examinarla inmediatamente la trasladó a otra sala para que le aplicaran una cesárea (eso lo entiendo como cuando te abren el estómago con un cuchillo para sacar al bebé) ya que según la doctora se le estaba pasando el parto a mi mamá y que si no la intervenían inmediatamente podría morir la niña por asfixia. ¡NNOOO!

Qué bueno que en nuestro país siempre hay alguien que está dispuesto a dar de su tiempo, que se inclina por las necesidades de los demás, que ama su trabajo y está dispues-

to a hacer algo por ayudar, si no imagínen- se, yo no estuviera hoy aquí.

Así es que eran las 6:15 p.m. cuando por primera vez abrí mis ojos y miré la luz del día. Durante tres días mi mamá estuvo internada en aquel lugar, ella cuenta que los días ahí eran muy tristes y fastidiosos, ya que tenía que levantarse a las cinco de la mañana para que se bañara, después de una noche en vela por los constantes dolores que le ocasionaba la herida de la cesárea y que según ella se quejaba mucho en las noches y suplicaba que le dieran un calmante para el dolor a las enfermeras, pero que ellas le decían "ya se le va a pasar el dolor, duérmase", y otra le decía "pero querías ser mamá, ¿no?" y que además una de las pacientes le decía "ya cállate".

Algunas de estas cosas son las que me entristecen de mi país, cuando la gente se vuelve intolerante y no ve el dolor que pueden tener otras personas. Me imagino que la vida en un hospital debe ser difícil para algunas personas como las enfermeras, camilleros, médicos, guardias de seguridad y más para los mismos pacientes, pero la tolerancia, el respeto, la igualdad, el amor, etc., son valores que tienen que vivir con nosotros siempre, y que no importa si las

personas que se encuentran en ese lugar no son nuestros familiares, hay que dar de nosotros en cada instante.

Mi papá una vez que salió de la escuela se fue al hospital para ver cómo estaba mi mamá y dice que cuando llegó ya había varios familiares ahí, que mi tío, hermano de mi papá, se encontraba cargando la pañalera como si él fuera el padre y que mi tía, hermana de mi mamá, se encontraba dormida cargando a su hija (Ariana) en la sala de espera, entre otros más que ya no se acuerda mi papá.

Se imaginan si siempre fuera así en los hospitales, cárceles, centros de readaptación, etc. En donde toda la familia se reuniera para apoyar a alguien que necesita ayuda especial, sería increíble ¿no creen? En los lugares apenas si cabríamos.

Ese día le dieron la noticia a mi papá de que ya había nacido yo, y una cosa que le entristeció fue cuando le dijeron que mi mamá se encontraba delicada. Dice que le dijeron que se fuera, que mañana la podría ver, y así lo hizo, se fue a casa de mis abuelitos donde vivían y durante la noche continuó con esa tristeza de saber que su esposa se encontraba delicada.

Una de las virtudes que el ser humano tiene es que suele arrepentirse por las cosas

que hace mal y que surge dentro de él una fuerza que le produce dar amor a los demás. A eso mi abuelita le llama humildad.

Al día siguiente de mi nacimiento, el 10 de enero de 1996, mi padre regresaba de la escuela para dirigirse al hospital, pero no fue a ese lugar al salir de la escuela sino que hizo una escala en el supermercado, con el propósito de comprar una caja de chocolates, ya que para entonces él ya sabía que era una preciosa niña la que había nacido.

Como dije, el arrepentimiento hace milagros.

De camino al hospital mi papá sabía que ya se encontraba mi tío con la pañalera cargándola nuevamente, eso le causaba mucha risa a mi tía que decía que Edgar (mi tío) se veía muy gracioso con la bolsa. Esa tarde mi padre pasó a ver a mi mamá durante las horas de visita, él me cuenta que mi mamá se veía muy amarilla y demacrada por todo lo que había pasado por el parto, comenta que cuando vio a mi mamá sintió una gran felicidad por saber que ella se encontraba recuperándose y por volver a verla.

Volver a abrazar a alguien que has dejado de ver por algún tiempo es motivo de mucha felicidad, pero abrazar a alguien que está pasando por un momento difícil es increíblemente indescriptible. En México existe algo que se llama libertad de expresión y que en todo momento podemos hacer uso de ese derecho, así es que no lo reprimas y expresa tu felicidad, tus sueños, tus anhelos, tu tristeza, etc. Y verás que siempre hay alguien que te escuchará y te abrazará.

Durante la visita al hospital mi mamá le contó a mi papá de todas las injusticias que estaban pasando en ese lugar y

que ya no tenía deseos de permanecer más tiempo internada, pero mi papá le dijo que el doctor la daría de alta en un día más, que necesitaba permanecer ahí, de lo contrario no les entregarían a la niña. ¡NNOOOOOO!

Así que mi mamá obedeció y se quedó una noche más. ¡¡YES!!

No puedo imaginar por lo que estaba pasando mi mamá, dolor de todo su cuerpo, dolor por no estar cerca de su familia, tristeza por no someterse a las órdenes de las enfermeras, etc., etc. La verdad la admiro por eso y por otras cosas más, pero algo que puedo resaltar de ella es que tuvo que aceptar la decisión del médico que la atendía y quedarse un día más. Aceptar las leyes que se encuentran en nuestra Constitución, que son el resultado de las experiencias de muchos hombres y mujeres que han sufrido y han hablado para hacer de este país un mejor lugar para vivir, aceptarlas y respetarlas es un valor muy grande.

A la mañana siguiente mi mamá cuenta que se levantó desde muy temprano, a las 5 a.m., con el propósito de bañarse y arreglarse para salir del hospital acompañada de su bebé (o sea yo) y de mi papá, pero no fue sino hasta las 12:30 p.m. que la dieron de alta y pudo salir de ese lugar.

La esperanza que tenemos de ser libres es algo que nos brinda nuestra Constitución.

La luz del sol atravesaba la cobija amarilla que me cubría en los brazos de mi mamá, ella dice que lo primero que hizo mi papá fue correr para levantar la cobija ¡¡¡y verme!!!

Según mis papás me cuentan mi rostro tenía algo que le llama la gente salpullido, yo le digo granitos blancos.

Toda la familia me esperaba en la que ahora sería mi nueva casa, mis abuelos, mis tíos y hasta mi primo Emmanuel que ya tenía cuatro años, así que haciendo cuentas yo era la segunda nieta de mi abuelita. Para esto mi papá se puso de acuerdo con mi tío Manuel y su esposa o sea mi tía Georgina para alojarnos temporalmente en su casa ya que según mi papá y mi mamá no vivían en un lugar acondicionado para mí, mis padres vivían en un cuartito de 3 x 1 metros, es decir que sólo cabía una cama individual y un mueble para la televisión que servía de guardarropa y despensa a la vez.

Con un día de anticipación mi papá se llevó los muebles, bueno la cama y la televisión, a la casa de mis tíos que vivían enfrente atravesando la calle.

Mi papá decía que no se sentían muy cómodos de vivir ahí ya que su cuñada la Kokis (Georgina) era muy estricta con ellos en cuanto a los cuidados del bebé, además ella cuidaba que no estuviera tirada la casa, que los pañales se encontraran en la basura para que no olera feo la casa, entre otras cosas más.

Pero al final de cuentas creo que lo que se rescata de todo es el respeto de mis padres para con mis tíos ya que ellos fueron de gran ayuda para mi pequeña familia.

Durante casi un mes de vivir en casa de mis tíos conocí a mucha gente que fue a verme y claro también a mi mamá, caras nuevas que nunca había visto y otras conocidas como la de mi papá y mi mamá. A la gente que iba a verme y a mi mamá mi papá los recibía con un chocolate ya que la mayoría de los que venían nos traían un regalito para mí o para la casa. Un día dice mi mamá que fue otra de mis tías que se llama Marisela y que fue a verla pero que le llevó un jabón zote ya que según ella mi mamá estaba pasándola muy mal económicamente. Mi mamá me dijo que se enojó porque lo que buscaba mi tía era humillarla y por eso le dio el jabón, sin embargo mi papá decía que sólo era una muestra de cariño y que

así lo tenía que tomar mi mamá. Yo coincido con lo que dijo mi papá, que ella sólo intentó ayudar.

En ocasiones podemos sentir que alguien trata de burlarse de nosotros con ciertas actitudes que no nos gustan pero en realidad es sólo que ellos miran las cosas de otra forma y que hablando claro se entiende la gente. Sólo puede ser un malentendido pero si la gente se sentara para platicar de vez en cuando sobre qué cosas nos desagradan y qué cosas nos gustan, viviríamos más felices con menos problemas.

Un día repentinamente mis padres comenzaron a empaquetar todas nuestras cosas y volvimos a cambiarnos de casa pero ahora a una más grande, un nuevo tío (Francisco) que no conocía les ofreció vivir por un tiempo a mis padres en una casa que él no ocupaba, así es que mis padres habían estado arreglando la casa mientras vivíamos con mi tía Kokis.

Las muestras de amabilidad son algo que se ve muy poco hoy en nuestros días pero es sólo algo que deja de hacer la gente, porque todos tenemos el corazón para ayudar a los demás.

Recuerdo que los días fueron muy rápidos, para entonces mis papás comenzaron a trabajar nuevamente y yo me iba con mi mamá a su trabajo durante mucho tiempo. El dueño de la tienda donde trabajaba mi mamá le permitía llevarme, lo que era de gran ayuda para mis padres. Sin duda el hecho de que un dueño les permita a sus empleados llevar a un niño habla de su gran apoyo a los demás.

Con los años llegó mi hermana Ariel, sí, así como la sirenita, ella trajo mucha alegría a la casa, para esto yo ya con-

taba con cuatro años y ella comenzó a llamar la atención de los demás, cosa que al principio no me gustaba pero que fui tolerando con el paso del tiempo ya que mi papá jugaba mucho conmigo y eso me gustaba mucho.

Un año más tarde llegó mi hermano Edwin y eso revolucionó la vida de mis padres ya que era muy poco tiempo el que se llevaba con mi hermana Ariel, poco más de un año, lo que trajo como consecuencia una división más grande de tiempo, dinero y esfuerzo.

Aprender a convivir con dos hermanos no es nada fácil porque siempre surgen diferencias, pero mis papás siempre nos han enseñado a enfrentar nuestros errores y ofrecer disculpas cuando sea necesario, y hasta un beso y un abrazo. La honestidad es algo que a diario mis padres logran crear en nosotros.

Con el paso del tiempo han cambiado mucho las cosas, hoy mi familia es de cinco integrantes, un papá, una mamá, una hermana, un hermano, doce primos, un abuelito, dos abuelitas, dos bisabuelitas, casi veinte tíos y otras veinte tías sin mencionar las que viven fuera de la capital.

Cada diciembre nos juntamos la familia más allegada y sumamos veintiún miembros con el propósito de hacer la votación anual del lugar en donde nos reuniremos para pasar la Navidad y el Año Nuevo. Cada integrante de la familia emite una opinión y un voto incluyendo a los niños; una vez que cada quien ha dado su punto de vista éste es respetado por los demás y se arrojan los papeles a las urnas para conocer el lugar en donde han de celebrarse las fiestas decembrinas; creo que llevamos haciendo esto cinco años y

puedo decir que nunca le ha tocado a mi familia es decir a mis papás, a mis hermanos y a mí recibir a todos ellos, sin embargo respetamos la pluralidad que elige el lugar de la fiesta, pero no perdemos la esperanza de algún día lograr ser los anfitriones de estas maravillosas fiestas y convivir con mi familia y con mi sociedad que me rodea para lograr hacer un mejor lugar para vivir.

¿Quién soy? ¿Quién eres? ¿Para qué sirvo? Son sólo algunas de las preguntas que debemos hacernos para lograr vivir en armonía con los que nos rodean. La vida podemos hacerla más divertida, logrando un bienestar para todos si nos enfocamos en los valores que brotan de la democracia. Legalidad, pluralidad, respeto, honestidad, libertad, etcétera.

Mi casa es este mundo, sus habitantes mis hermanos y mi religión es el AMOR.

Sólo respetando a los demás seremos más libres para actuar.

La
vida
de un
barrendero

Luis
Alberto
Sánchez
Vázquez

Segunda categoría, primer lugar



Capítulo 1

Hace dos meses José, un amigo de la escuela, me platicó que su tío Federico era un hombre muy culto porque leía y tenía muchos libros en su casa; le pregunté a qué se dedicaba y me sorprendió cuando me dijo que él era barrendero, así que tuve curiosidad de conocerlo y le pedí que me lo presentara.

Al día siguiente al salir de la escuela, nos encaminamos a su casa, estaba un poco lejos, en una colonia poco habitada, cuando llegamos se veía que era una casa humilde, pero muy limpia, al tocar la puerta ladró un perro, me asusté porque el ladrido era grueso, parecía de un perro grande. José notó mi temor y me tranquilizó diciendo que se trataba de un pastor alemán de sólo seis meses y que era muy tranquilo.

Cuando se abrió la puerta vi a un señor como de sesenta años, de estatura mediana, piel blanca y con poco cabello, ya se le veían algunas canas, pero en su cara reflejaba mucha paz y a su lado estaba el cachorro de color negro en el lomo y blanco en el pecho.

—Pasen muchachos —dijo el tío Federico.

—Hola tío —respondió José— te presento a

Carlos, es amigo de la escuela, le platicué que tienes muchos libros, y como no me creía, lo traje para que lo comprobara.

—Mucho gusto, Carlos –saludó el tío Federico.

—El gusto es mío, señor –tartamudeé un poco nervioso por la indiscreción de mi amigo.

—Siéntense, ¿gustan un vaso de naranjada? –ofreció el tío Federico.

—Yo sí –aceptó José.

—Yo también, gracias –dije.

—José, sirve por favor, la jarra está en la cocina –indicó el tío Federico.

—Sí, tío –respondió José.

—¿Así que no creías que mi sobrino te estuviera diciendo la verdad? –preguntó el tío Federico.

—No es eso, señor, lo que pasa es que a mí me gusta mucho leer y le platicué que me gustaría tener una habitación con muchos libros, fue entonces que me habló de usted –contesté.

—Bueno... pues espérame, voy a sacar a “Zeus” a la cochera para que te muestre algo –dijo el tío Federico.

En ese momento entraba José con los vasos de naranjada.

—No me imaginaba así a tu tío –le comenté.

—¿Entonces cómo te lo imaginabas? –me preguntó José.

—Pensé que era un hombre viejo, con barba, lentes y muy solitario –respondí.

—Nada que ver, mi tío no está viejo, no usa lentes ni barba y tampoco es solitario. Lo que pasa es que cuando murió su esposa, él se refugió mucho en sus libros, ya te platicaré,

pero cuidado, ahí viene –dijo José.

—Listo chicos, pasemos a la otra habitación –nos indicó el tío Federico.

Cuando entramos me quedé sorprendido, había estantes en todo el cuarto y por todos lados había libros, jamás pensé que existiera alguien que tuviera los mismos gustos. La voz del tío interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué te parece, Carlos? –me preguntó el tío Federico.

—Fabuloso, señor–respondí.

—Cuado quieras puedes venir por algún libro, yo ya casi he leído todos –me ofreció.

Había libros bien empastados y otros un poco viejos, ya que las hojas se veían amarillentas, pero completos. Entonces me llamó la atención un libro que se veía diferente a los demás y pregunté si lo podía tomar.

—Es curioso que preguntes por ese libro... este lo escribí yo –me dijo.

—¿Y lo tiene aquí junto con todos? –pregunté.

—Sí, porque ese libro contiene mucho de lo que he aprendido –contestó.

—¿Me lo podría prestar? –le dije.

—Mira, este libro es muy especial porque nadie lo ha leído, ¿qué te parece si en tu

próxima visita lo lees aquí? –me respondió.

—Está bien, señor... José, ya vámonos porque es hora de comer y nuestras mamás van a estar preocupadas –dije.

—Sí. Hasta luego, tío –dijo José.

—Hasta la próxima, señor –me despedí.

—Regresen cuando quieran –nos dijo el tío Federico.

Ya en el camino le pregunté a José cómo es que se hizo barrendero, y él me contestó:

—No sé exactamente desde cuándo, pero en una ocasión escuché a mis papás hablar de mi tío y comentaron que era un maestro muy exitoso y estaban a punto de ascenderlo a director de una secundaria, cuando en un viaje que hizo solo con su esposa sufrieron un accidente y ella murió; desde entonces él dejó de ser maestro.

Capítulo 2

Pasaron dos semanas de exámenes, y creí conveniente ir a visitar al tío Federico, como le decía Carlos, pero en esa ocasión quería ir solo, pensé que tal vez en esta visita sí me permitiría ojear su libro.

Cuando llegué me puse muy nervioso, porque no sabía cómo iba a reaccionar con

mi llegada sin José y sin avisar.

—Buenas tardes, señor, disculpe que no le haya avisado de mi visita, pero es que no tenía manera de comunicarme —le dije.

—No te preocupes, puedes venir cuando quieras, pasa y siéntate. ¿Gustas tomar algo?

—No...gracias.

“Zeus”, como ya me conocía no había ladrado y hasta se puso a brincarme.

—¿Y cómo te va en la escuela, qué año estás cursando?

—Tercero de secundaria.

—Yo di clases en una secundaria.

—¿Y sigue dando clases?

—Sí, pero ya no en una escuela... encontré una mejor actividad que me permite leer y ayudar a la gente.

—Pero... no entiendo.

—Sí, muchacho, dejé mi trabajo de maestro, para ser ahora barrendero.

Me quedé callado tratando de disimular que ya sabía más cosas de él.

—¿Y a qué se debe tu visita, Carlos? ¿Quieres que te preste un libro?

—No, señor... preferiría mejor leer aquí su libro, si no le molesta.

—No, pero sería más interesante si te lo platico. ¿Te parece?

—¡Claro, señor!

—Pues ponte cómodo... En los primeros días de barrendero, fuimos a trabajar a la explanada de una delegación,

era 15 de septiembre, ya era muy tarde, pero todavía había unos señores que estaban tomado y cuando les pedimos permiso para barrer y empezaron a insultarnos y a tratar-nos muy mal, yo quise hablarles bien, pero también me empezaron a ofender diciendo que ellos eran personas importantes, no como nosotros los barrenderos. Me sentí tan mal que también los insulté de la misma manera, hasta que llegó la policía y tuvo que intervenir. Más tarde, ya en mi casa, reflexioné sobre lo que había pasado, me avergoncé por no sentirme orgulloso de la actividad tan importante que nosotros desempeñamos, los barrenderos. Así que al día siguiente reuní a mis compañeros y fue cuando me enteré de que ellos siempre tenían que soportar los malos tratos de la gente. Entonces los invité a que juntos pensáramos en la mejor manera de cambiar lo que la gente pensaba de nosotros. Inicé por poner a votación si querían que hubiera un presidente, un secretario y vocales para que creáramos una agrupación, afortunadamente me escucharon y todos dijeron que sí, votando por mí para presidente.

—¿Y qué tuvieron que hacer?

—Todos opinamos referente a lo que se debía cambiar, después decidimos qué ha-

cer primero y todo fue por votación. Y lo primero fue uniformarnos para tener una apariencia limpia, después empezamos a formar grupos de aprendizaje para que las personas que supieran leer y escribir les enseñaran a las que no sabían. Yo por mi parte presté parte de mis libros y todavía tenemos juntas para ver nuestro avance. Como la gente observó nuestro cambio, nos fueron tomando más en cuenta como personas con una actividad importante y hasta la fecha nos siguen tratando cada vez mejor y hasta nos regalan fruta y cosas que podemos usar recicladas.

—¿Todo eso viene en su libro?

—Parte de esas experiencias... sí.

—Ha de ser muy interesante.

—¿Sabías tú que por medio de la basura se puede conocer a la gente?

—La verdad... no.

—Por ejemplo, la basura de las personas que viven en el Centro Histórico es muy diferente a la basura de las que viven en otra delegación y también se clasifica, porque hay basuras ya separadas en orgánicas e inorgánicas... ¿Te das cuenta cuánto puedes saber de una persona a través de la basura?

—Sí... es increíble... no me lo hubiera imaginado.

—Por cierto, muchos de los libros que ves aquí son sacados de la basura u obsequiados por las personas que ya no creen utilizarlos.

Poco a poco estaba surgiendo una amistad y yo sentía que ya lo conocía de mucho tiempo, pero no me atrevía a decírselo.

—Creo que ya es hora de irme, me agradó mucho su relato, la próxima semana vendré con más tiempo.

Capítulo 3

Estaba ansioso por que acabara la semana, para ir con el tío Federico, para que me contara otra historia, pues me agradó mucho cómo la contó.

Le pedí a mi mamá que hiciera su pastel de fresas que le quedaba tan rico, para poderse llevar al tío Federico.

Cuando llegué a la casa del tío Federico me llevé la sorpresa de que ahí estaba José.

—Qué bueno que llegaste, Carlos, así ya les podré contar otra historia —dijo el tío Federico.

—Traje pastel, para comer mientras lo escuchamos —dije yo.

—Recuerdo que un día estaba barriendo

una calle cuando vi que uno de mis compañeros se encontró una cartera y disimuladamente la recogió, yo pensé que se trataba de basura y seguí barriendo porque ya era tarde. Cuando terminé le pregunté qué era lo que había recogido y me dijo que una cartera que tenía mucho dinero, credenciales y tarjetas de crédito. Le pregunté que si se había fijado quién la había tirado y descaradamente me dijo que sí, le pregunté por qué no se la había entregado, y me decepcionó mucho su respuesta cuando me dijo que él no tenía la culpa de que el señor fuera tan distraído –relató el tío Federico.

—¿Qué hiciste tú, tío? –preguntó José.

—No interrumpas... continúe, por favor –le pedí.

—Si les soy honesto, me dio mucho coraje pensando si eso me hubiera pasado a mí, así que le dije a mi compañero que tenía que devolverla con todo y dinero, pero debo reconocer que en todos los niveles hay personas buenas y malas. Me costó mucho trabajo convencerlo, hasta que le dije que si no lo hacía tendría que contarles a todos los del grupo para que entre todos opináramos qué hacer con él. Le di de plazo hasta el día siguiente para que lo pensara. Al día siguiente se presentó con la cartera para decirme que lo acompañara a entregarla. Como tenía la credencial de elector no fue difícil encontrar la dirección. Cuando llegamos, nos llevamos la sorpresa de que el señor era un licenciado muy importante en el gobierno y se mostró tan agradecido que le dio una buena gratificación a mi compañero, pero no quiso aceptarla por remordimiento de que no pensaba devolverla. A cambio le pidió ayuda para un mejor equipo de limpieza.

—¿Y sí lo cumplió? —pregunté.

—Sí, no porque sea del gobierno quiere decir que no van a cumplir, como dicen en la televisión —respondió el tío Federico.

—Señor, ya me tengo que ir, la próxima semana vengo. ¿Te quedas, José? —dije.

—No, ya también me voy, hasta pronto, tío —se despidió José.

Cuando llegué a la casa, me encontré con la noticia de que a mi papá lo habían cambiado de trabajo y nos teníamos que mudar a provincia, en menos de un mes. Me sentí mal de dejar a mis amigos de la secundaria y sobre todo al tío Federico, pero no podía hacer nada.

Las semanas pasaron muy rápido y no pude ir a visitar al tío, hasta que fui sólo a despedirme. Cuando se lo dije mostró un poco de tristeza, de alguna manera le habían agradado mis visitas, igual que a mí sus relatos. Me dijo que le había caído muy bien y que como no tenía a quién heredar su libro que pensó que yo lo aprovecharía al máximo. Y me aconsejó que aprendiera de su libro, ya que la actividad de barrendero es muy importante, como todas las demás.

Los
grandes
amigos

Carlos
Eduardo
Fuentes
Espinoza

Segunda categoría, segundo lugar



La historia que yo les voy a contar es la historia más divertida y loca que he vivido y también una de las lecciones más importantes de mi vida. ¡Ay! Casi lo olvido, con la emoción de contarles mi aventura no me presenté; mi nombre es Carlos, tengo trece años y actualmente estoy estudiando el segundo año de secundaria; estoy atravesando justamente esa etapa de la adolescencia o lo que todo el mundo le llama la edad de “la punzada”; aunque a mí no me ha dado ninguna punzada todavía, no sé por qué la llaman así; en fin.

Yo no encuentro tan terrible esta etapa de mi vida, simplemente sucede que la vida se empieza a ver de otra manera y tal vez sí hay más obligaciones y, si no puedo mentir, nos dejan mucha más tarea en la escuela, pero una vez que te acostumbras ya no se hace tan difícil; es más, de hecho creo que me aburriría mucho si no tuviera que investigar cosas nuevas cada día.

Pero lo que realmente me gusta es que también hay muchas cosas con las que nos podemos divertir, como por ejemplo: podemos prepararnos para practicar deportes extremos que es algo que a mí me llama mucho la atención y lo que más me gusta

es el *snowboarding*, que no es otra cosa más que patineta sobre nieve; pero como no soy muy exigente y sé que aquí no tenemos montañas con nieve me conformo con entrenar en mi patineta y tal vez después pueda ir a alguna de esas grandes montañas y lanzarme desde lo más alto con mi patineta; pero no crean que estoy muy loco, tengo dos amigos que están más locos que yo, uno de ellos es Daniel que si no mal recuerdo vamos juntos en la escuela desde Kinder I, o sea que ya somos muy viejos amigos. A Daniel también le gusta andar en patineta y los sábados nos vamos a practicar por las tardes; aunque últimamente está muy distraído con las niñas y ya no me hace mucho caso, sólo le interesa platicar y conocer a nuevas amigas; a mí me da risa porque me doy cuenta de que a veces está con ellas y se queda callado, para mí que no sabe de qué hablar con ellas, la verdad ¿les digo algo? yo creo que yo tampoco sabría mucho de qué hablar con ellas, pues tenemos gusto por cosas muy diferentes; a ellas les gusta mucho vestirse a la moda, arreglarse el cabello como las actrices de la televisión y pasan horas viendo revistas, escribiendo y haciendo dibujos en sus diarios. Aunque algunas niñas son diferentes como Fernanda y María, a ellas les gusta mucho la música; de hecho María toca muy bien el teclado y Fernanda canta muy bien y eso lo sé porque Francisco, que es otro de mis amigos, me invitó un día a una reunión en casa de sus primos, me convenció porque me dijo que iba a estar muy divertida y al final sólo estábamos dos de sus primos y las amigas de su prima mayor, Karla, que nos miraban como si fuéramos marcianos o algo así; lo único que se nos

ocurrió hacer en ese momento para aligerar la tensión fue ponernos a tocar con la guitarra y la batería de sus primos y ¿saben qué? creo que no lo hicimos tan mal ya que al poco rato se nos unieron Fernanda cantando y María tocando el teclado; creo que también estaban nerviosas como nosotros, y al final la reunión sí resultó ser divertida, además de que conocimos a esas chicas tan lindas.

Seguramente ustedes se preguntarán por qué les cuento todo esto. Bueno, lo que pasa es que es así como comienza esta aventura. Después de esa fiesta, Francisco y yo platicamos de lo mucho que nos gustó haber tocado en casa de sus primos y decidimos que tomaríamos clases para aprender a tocar mejor; a mí me gustó desde el principio la guitarra y a Francisco la batería; el primer día de clases fue realmente emocionante, sobre todo porque nos dimos cuenta de que en esa misma escuela estudiaban Fernanda y María y además no se habían olvidado de nosotros pues nos saludaron como si fuéramos viejos amigos. Y así fue como empezó una gran amistad; a medida que pasaba el tiempo convivíamos mucho y nos teníamos mucha confianza y un buen día decidimos que sería una gran idea formar un grupo musical y así tendríamos un buen pretexto para pasar más tiempo con nuestras nuevas amigas; sólo que había un inconveniente, nos faltaba quien tocara el bajo y quien cantara los coros, así que de inmediato pensé en mi gran amigo Daniel, que también tiene gusto por la música, y Fernanda propuso a Karla, que es la prima de Francisco, para que cantara en los coros. Cuando les hicimos la invitación a Karla y a Daniel se pusieron muy contentos y aceptaron de inmediato.

Pasaron así dos años, ensayando todos los fines de semana y nuestro grupo se escuchaba ya muy bien; creo que todos teníamos ganas de compartir nuestra música con más chicos y a veces tocábamos en reuniones familiares o de la escuela y realmente les gustaba nuestra música; hasta aquí todo marchaba muy bien, los problemas comenzaron cuando se nos presentó la oportunidad de entrar a un concurso de talentos musicales, era la oportunidad que veníamos buscando desde hace mucho tiempo; pero en vez de unirnos, apoyarnos y concentrarnos en practicar más, sucedió todo lo contrario, comenzaron a surgir diferencias que al parecer no tenían solución.

Comenzamos por querer cambiarle de nombre al grupo ya que el nombre anterior, el de "Grandes Amigos", ya no nos gustaba; pensábamos que era muy infantil, primero Karla propuso que se llamara "Big Friends", a Francisco se le salió una gran carcajada y Karla se molestó mucho; entonces Fernanda dijo que era muy ridículo ese nombre, Karla se molestó tanto que se fue sin despedirse de nadie; entonces Daniel dijo que a él le gustaría que se llamara "Rockeros Extraterrestres" y entonces sí que todo mundo nos comenzamos a reír; definitiva-

mente ese nombre no nos había gustado, pero Daniel dijo muy firmemente que él no cambiaría de opinión y que si no se llamaba así el grupo él no tocaría más con nosotros; yo le pedí que no fuera tan drástico en su decisión y que lo pensara mejor, sin embargo él no aceptó. Entonces María y Francisco que eran los más serios y tranquilos del grupo pidieron que nos tranquilizáramos y que todos lo pensáramos con más calma porque de otra manera terminaríamos peleándonos y desintegrando el grupo. Hubo entonces algo de calma pero no duró mucho tiempo ya que al preguntar quién de las chicas sería la más indicada para cantar en esa ocasión tan especial, pues las tres cantaban muy bien, no hubo manera de ponerse de acuerdo ya que María dijo que ella casi siempre tocaba y que ya era justo que le tocara cantar, pero Fernanda contestó que ella debía ser la cantante porque era la más bonita, y Karla ni siquiera estaba para dar su opinión; así es que Francisco y yo les dijimos que mejor después elegiríamos quién sería la cantante. Por su parte Francisco me propuso que yo tocara la batería el día del concurso y que él tocaba la guitarra, porque ya estaba aburrido de que nadie se fijara en él, porque nadie lo ve detrás de la batería; a mí

por supuesto que no me gustó la idea; la verdad esto ya era un verdadero desastre, nadie estaba de acuerdo con nada respecto al grupo, cada quien pensaba en sí mismo y no pensaba en el bienestar del grupo, de momento llegué a pensar que lo mejor sería desintegrar el grupo y así no seguir con más problemas.

Entonces hubo un gran silencio en el lugar, ninguno nos mirábamos, estábamos todos muy molestos y nos fuimos retirando de uno en uno sin despedirnos siquiera; era el fin de nuestro grupo.

Llegué a casa muy triste y desanimado, ni siquiera cené y créanme eso es algo nunca antes visto, me fui a dormir de inmediato.

Al día siguiente todo lo sentía muy raro como si algo me faltara y de hecho sí sé qué era, eran mis amigos, las llamadas desde temprano para ver a qué hora sería el ensayo. Este día no sonaba el teléfono, nadie llamaba, qué mal me sentía. Hasta que, ¿por qué no? Pensé por qué no los llamo yo en vez de esperar a que ellos lo hagan, justo me dirigía al teléfono cuando éste sonó; contesté y era María, me dijo que había pensado en una solución para el grupo, que si le podía llamar a los demás para decirles a todos que se le había ocurrido algo; yo me alegré bastante porque yo también había pensado en algo. Llamé de inmediato a todos y, aunque se hicieron del rogar un poco, accedieron a ir al lugar de ensayos para platicar.

Una vez que estábamos todos reunidos María y yo, tal como si hubiéramos estado de acuerdo, les propusimos que toda las decisiones que tomáramos en relación al gru-

po durante el día del concurso lo hiciéramos mediante una votación para elegir tanto el cambio de nombre, así como la cantante y quién tocaría cada instrumento; pensamos que lo mejor sería hacer el voto de manera anónima para no comenzar con problemas y desacuerdos nuevamente. A todos les pareció muy buena idea ya que también lo pensaron con más calma y se dieron cuenta de que la falta de respeto para las opiniones de los demás así como no reconocer sus talentos para tocar los instrumentos y para cantar no debería estar por encima de nuestra amistad ni por encima del bienestar del grupo.

Fue así como mediante el respeto, tolerancia, honestidad y democracia, encontramos las soluciones para resolver nuestras diferencias y poder así estar más unidos y alcanzar nuestras metas.

Por fin llegó el gran día del concurso, estábamos muy nerviosos; al final cada quien tocó el instrumento de siempre porque concluimos que era lo que mejor tocábamos, las tres niñas cantaron y también votamos por que el grupo se quedara con su nombre original, el de "Grandes Amigos", porque realmente eso es lo que somos. No ganamos el primer lugar del concurso aunque sí

quedamos dentro de los cinco primeros. Pero, ¿saben una cosa? Nosotros al utilizar valores que son fundamentales para la convivencia de la sociedad en general ya, habíamos ganado porque rescatamos nuestra gran amistad y seguimos tan felices como siempre con nuestro grupo.

La
magia
de las
historias

Carlos
Espinoza
Canseco

Segunda categoría, tercer lugar



La hora de la comida es un tiempo en el cual podemos, además de comer, convivir. En mi casa la hora de la comida es algo especial, todos tenemos que colaborar. Uno pone la mesa, otro prepara el agua, otro más calienta las tortillas o ayuda a terminar lo que vamos a comer.

En la hora de la comida nadie queda exento de colaborar en algo, pero el resultado es agradable, todos nos sentamos a comer, hacer bromas y a veces hasta nos enojamos, pero siempre hay alguien que nos pide tolerancia y regresar a la convivencia.

Uno de estos días mi papá nos contó una historia verdadera acerca de los juegos que los niños de su infancia solían realizar. Que entre paréntesis eran muy divertidos, aunque algunos también un tanto peligrosos.

Uno de los juegos que me agradó debido a la creatividad, respeto, tolerancia y solidaridad se los narraré a continuación.

Sucedió una nochebuena, en un barrio de condición más bien humilde, donde los niños salían a jugar a la calle, ya que había la confianza de que nada malo les ocurriría debido a que los adultos que vivían en la calle cuidaban de los niños (aunque no fueran sus hijos).

Los niños salieron a jugar después de cenar y convivir con los adultos, pero como llegado el momento los niños hacen su fiesta aparte, pues se reunieron en la calle y comenzaron a platicar, jugaron un rato a la meta y después de quemar unos cuetes, a uno de los niños, El Chato, se le ocurrió que podían hacer un cuento entre todos. Pero el

cuento no sería escrito, ¡no, qué va!, tenía que ser usando sólo dibujos, pero debía ser una historia con una secuencia correcta y no dibujos aislados que a fin de cuentas no significaran nada.

Todos estuvieron de acuerdo y comenzaron a dibujar, El Flaco tomó un gis y comenzó, le siguió El Moreno, después El Gorduro, y así sucesivamente cada uno fue tomando su turno. Cada uno no despegaba los ojos del suelo, ya que iban dando en su mente la coherencia de la historia, de tal manera que cuando le tocara su turno pudiera hacerlo correctamente.

Le pregunté a mi papá de qué se trataba aquel juego y me dijo: "Pues verás, ya que en mi época estaban de moda las películas de El Santo y unas películas de extraterrestres, nuestra historia se trató de un niño que pensó en viajar al espacio, y con la ayuda de sus amigos construyó una nave espacial. Los materiales que utilizaron para la construcción de la nave fueron chatarra que se encontraron en tiraderos de autos y demás hierros viejos. Tomaron partes de coches y de algunas máquinas de desecho, y finalmente armaron una nave para hacer un viaje a la Luna.

"El día del lanzamiento, los niños abrieron un refresco y brindaron para que la misión fuera exitosa. Todos vestidos con unos trajes espaciales se introdujeron en la nave y así comenzó la aventura.

"Juntos llegaron a la Luna, y se dieron cuenta de que en ningún lado estaba el conejo que se observa desde la Tierra. Caminaron y se percataron de que había sobre la tierra de la Luna huellas muy pequeñas que no correspon-

dían a ninguno de los amigos que viajaron a la Luna. Después de una hora se dieron cuenta de que repentinamente se encontraban rodeados por unos seres que parecían lombrices, pero que no les hacían nada, eran amigables.

“Esos seres llevaron a los viajeros por lugares muy extraños, sin embargo, la historia no concluyó, ya que sin darse cuenta, los niños habían estado dibujando toda la noche y la luz del día los sorprendió sin que su historia hubiera concluido. Pero fue justo cuando llamaron a alguno de los niños que se dieron cuenta de que llevaban una buena parte del piso de la cuadra llena de los dibujos y en ese mismo momento todos se dieron cuenta de la obra que habían realizado en conjunto y no daban crédito a lo que habían hecho juntos.”

En otra ocasión mi papá me contó otro juego que era muy divertido, se trataba de jugar meta. Sí, la meta que todos conocemos, que se trata de hacer llegar un cochecito a una meta sin salirse del camino. Pero la variedad aquí era que los niños eran los constructores de su propio auto. Mi papá me platicó que el cochecito que ganaba era el que había construido mi tío; para construirlo usó corcholatas y pedacería de cable y alambre.

Debido a que mi tío siempre era el ganador, el mejorar en la construcción de sus cochecitos se convirtió en un reto para los niños de la cuadra. Así que pidieron ayuda de mi tío y éste se la dio, y aunque hicieron cochecitos bonitos, el de mi tío se dice que fue siempre el mejor.

Otra historia fantástica que realizaron mi papá y sus amigos fue cuando intentaron ser cocineros. Todos los niños se cooperaron y sacaron de sus casas un jitomate, una cebolla, la señora de la pollería les regaló unas mollejas y patas y uno más obtuvo de su mamá la receta para hacer el caldo de pollo. Así que todos los niños pusieron manos a la obra, juntaron trozos de madera y prendieron fuego y alguno consiguió una lata grande de chiles que usaron como olla. Al

final todo parecía salir bien, pero, al probar su guiso, ¡brrr! No sabía nada bien, se les había olvidado lavar las mollejas.

Lo bueno es que nadie se enojó y fueron a enterrar al terreno donde crecía hierba, su gran guiso.

Cuando mi papá me cuenta sus historias y aventuras de infancia, me doy cuenta de que existe una gran diferencia con los juegos actuales y con la actitud de los niños de hoy.

No es sólo el avance de la tecnología sino también la involución de muchos valores que eran normales en la convivencia y que hoy es más bien raro que se observen. Hoy día los niños no podemos salir a jugar a la calle, porque hay gente que no respeta a los niños y los asalta, maltrata o induce a hacer cosas malas.

Pero la situación más terrible es, quizá, que los niños no nos respetemos, que los adultos no se respeten y que las personas no se tienen confianza y por ello los niños no podemos jugar en otras casas por temor a que nos pase algo, menos salir a la calle.

Qué gran diferencia hay entre los juegos que ahora tenemos y los juegos que jugaba mi papá, pero sobre todo que la solidaridad, la tolerancia y respeto de esos niños y señoras es muy difícil observarla en nuestros días. Cuando comparo los juegos de mi padre con los míos, me acuerdo del cuento del "Mago desinventor", que se dedicó a desinventar todo lo que a su juicio había alejado a los hombres del contacto con los mismos seres humanos, con la naturaleza y con ellos mismos. Cuando los inventos comenzaron a desaparecer, el hombre se dio cuenta de que se había perdido de pláticas agradables con sus hijos, con su esposa, con los compañeros

de trabajo, e incluso se percató de que podía hacer una infinidad de cosas de las cuales ya no se conocía capaz.

Sería fabuloso ser mago y poder desinventar la soledad del hombre y la falta de valores que toda la sociedad debe practicar como religión y que además nos daría a todos la felicidad de una convivencia agradable, independientemente del color o religión que profesemos.

Pero nuestro futuro no puede ni debe ser de intolerancia, de falta de respeto, de negligencia, de abuso, etc. Nuestro futuro no será aquél gobernado por la soledad, la falta de respeto, la intolerancia, la antidemocracia y todos esos males que nos aquejan. Nuestro futuro será el que los niños de hoy construyamos.

Yo no soy un ser destinado a vivir en un lugar sin valores, así que sí les invito a que seamos magos inventores. Inventores de acciones de tolerancia, de acciones de respeto, de acciones de solidaridad con todos los seres de nuestro planeta. Cambiemos el futuro lleno de seres sin escrúpulos, sin sentimientos, sin valores, el futuro de hombres que están congelados, pero no del cuerpo sino del raciocinio, que nos da la supremacía sobre los demás seres que habitan nuestro planeta.

Pero sólo nosotros, la nueva generación, podremos cambiar el mundo en el cual tenemos la fortuna de vivir, de tener a los padres, amigos, hermanos y demás familiares. Tenemos la oportunidad de hacerlo, hagámoslo, todavía es tiempo, todavía no se ha extinguido la semilla de la honestidad, de la solidaridad, de la tolerancia, del amor a los seres humanos, del amor a los animales y demás seres de la naturaleza de nuestro planeta.



De
viaje
a la
democracia

Mario
Michel
Carballido
González

Tercera categoría, primer lugar



Era tarde, la noche ya había caído hacía varias horas y Carlos estaba sentado en su silla de madera de roble, completamente sumergido en sus pensamientos. A excepción de los grillos cantores que se escuchaban fuera, nada disturbaba o hacía un solo ruido. El estudio era de paredes blancas como palomas con pequeños zoclos de madera colindando con el piso tipo duela de color caoba oscura, del lado derecho y enfrente de Carlos las paredes estaban llenas de repisas de madera sostenidas con barras de metal negro en espirales, los libros forrados de cuero o de tela eran tenuemente iluminados por la luz de la lámpara del escritorio frente al muchacho.

A la izquierda estaba una ventana que daba al jardín de la casa, pero la mitad de la vista de la ventana, si no es que más, estaba tapada por un árbol, un ciprés alto y frondoso el cual yacía quieto, pues ni siquiera el viento se atrevía a molestar la concentración de Carlos.

Estaba pensando con los ojos cerrados en el valor de la democracia, lo necesitaba para un trabajo que tenía gran importancia para él, pero no le llegaban ideas claras y concretas sobre esta palabra que conllevaba tanto con ella, y la fecha límite del trabajo

era al día siguiente y por si fuera poco, el pobre hombre no llevaba una sola palabra escrita del cuento después de varios días de pensar y pensar. No era que lo hubiera dejado al último, sino que había invertido tiempo investigando y sacando información y luego pensando cómo unir esa información en una historia. No era algo fácil, pues esto no sólo tenía el significado de ganar este concurso de cuentos, sino de que este cuento tuviera un valor significativo para las personas, para todas las edades, que entendieran y abrazaran la democracia como una forma de vivir y no sólo como un lapso de selecciones de gobernantes, como muchos, desafortunadamente, lo veían ahora. Carlos quería cambiar el sentido en que las personas vieran esta palabra y que formara parte de las prácticas diarias entre las personas de una manera consciente y plena, pero ¿cómo...? ¿De qué manera lograría que esta pequeña palabra llegara a significar más que eso, más que una simple palabra? Era difícil pensar y más aún con tanto sueño. Él estaba muy acostumbrado a dormirse temprano, pero dadas las circunstancias no podía, puesto que tenía que terminar el trabajo antes de irse a dormir o no podría entrar al concurso, y estaba dispuesto a hacerlo.

Carlos abrió los ojos rápidamente cuando se dio cuenta de que estaba cabeceando de sueño aun sentado, estaba por dormirse, pero tenía que luchar contra el sueño... recargó la cabeza en el escritorio... sintió cómo el cuerpo se le adormecía desde las piernas, y *¿por qué no?, tengo mucho sueño, me dormiré...* pensó él, pero dio un gran salto y se enderezó pensando en terminar el trabajo.

—¿Dónde demonios dejé mi taza de café? se preguntó a sí mismo mirando de un lado a otro hasta recordar que dejó su café en la encimera junto a la puerta del baño hacía ya un rato.

Se levantó y se dirigió a la puerta del estudio, la abrió y siguió por el pasillo a la mesilla junto a la puerta del baño y tomó la taza al mismo tiempo que escuchó que la puerta del estudio se azotaba con fuerza y se encogía de hombros mientras hacía un gesto de dolor como si lo hubieran golpeado, todo por simple reflejo del ruido. Lanzó un bufido y le dio un sorbo a su café que no estaba muy caliente, pero así le gustaba a él. Caminó de regreso al estudio y abrió la puerta en el momento en que le daba un sorbo a su café con los ojos cerrados y entraba, pero cuando abrió los párpados y miró lo que estaba frente a él, tiró el café y se quedó paralizado.

En lugar de entrar a su hermoso y apacible estudio se encontró con una especie de bosque espeso, con verde por doquier, ramas y hojas gigantes alrededor y extraños ruidos de animales rondando; tras unos arbustos se veía un poco de lo que podía ser un edificio o algo, pero eso no le importó mucho al muchacho ¡su estudio era una selva ahora! Se ta-

lló los ojos como si fuera una mala pasada de sus sentidos, pero siguió viendo la misma floresta, su corazón empezó a latirle con agresividad dentro del pecho, miró hacia atrás esperando ver la puerta por donde entró pero ya no había nada, se había desvanecido en el aire así como así. Empezó a creer que se había vuelto loco por completo, era imposible que su estudio se hubiera convertido en una selva y menos posible que él se hubiera transportado a una mágicamente. Pensó que seguramente era un sueño, pero se veía tan real...

—¡Ouch! —exclamó cuando se pellizcó el antebrazo con fuerza.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desconocida y grave detrás de los matorrales y unas hojas secas se rompieron con pisadas cercanas.

A Carlos se le congeló el corazón y no pudo reaccionar por un momento, pero el instinto le dijo que se escondiera y que lo hiciera rápido y, en realidad, él no tenía mucha intención de desafiar a ese instinto. Se lanzó rápidamente tras un gran tronco lleno de musgo a su derecha y se agachó muy bien escuchando con atención. Enseguida se alcanzó a oír cómo se movían unos matorrales a escasos metros del lugar donde Carlos estaba escondido. Él aguzó bien el oído e, incluso, hizo que su respiración no fuera tan sonora.

—Podría jurar que escuché algo por aquí —bramó un hombre con cierto tono de decepción.

—Tú y tu imaginación, mejor vámonos ya, que tengo hambre y nuestra guardia ha terminado —refunfuñó otro hombre, que por el sonido de las hojas moviéndose, Car-

los supo que se había ido, pero sintió al primer hombre quedarse quieto unos momentos mirando con vista que taladraba la barriga, después de un momento o dos también desapareció tras los matorrales y hojas.

El muchacho se asomó discretamente por encima del tronco caído y cuando no vio nada más se levantó y se sacudió el pantalón beige y volvió en sí, preguntándose qué pasaba. Al cabo de unos minutos decidió que ahí parado tratando de resolver el misterio por sí solo no tendría respuestas nunca. Recorrió un pequeño tramo hacia donde se veían colores y movimiento a lo lejos, quitó unas cuantas ramas y hojas de su paso y volvió a quedarse pasmado. Frente a él, a lo lejos un gran castillo se erguía como una gran estaca gris clavada en la tierra y eclipsando al sol, bajo sus pies un desfiladero corto que terminaba en unos agujeros de piedras oscuras donde muchísima gente vestida con ropas sucias y maltratadas trabajaba con clavos en la piedra dando duros golpes y empujando carros llenos de piedras doradas, a unos metros de ese lugar otras personas trabajando con herramientas en un riachuelo, todas se veían miserables, cansadas y hambrientas, todas

vigiladas por guardias con picas y espadas y armaduras plateadas. Un sentimiento de compasión y furia lo invadió, pero pronto ese sentimiento fue sustituido por remordimiento y preocupación, porque los guardias de ahí parecían hostiles y seguramente no ayudarían a Carlos a salir de ese lugar, pero si no se intentaba eso la otra opción era internarse en el bosque oscuro a sus espaldas y perderse. Se encogió de hombros y dedujo que si no pedía ayuda se quedaría ahí estancado por un buen rato, dio un paso al frente, pero algo lo detuvo... una mano lo tomó por el hombro y lo jaló de vuelta a su lugar tras los arbustos con brusquedad.

—Si yo fuera tú no pediría ayuda ahí, Carlos —dijo un hombre con una voz clara como el agua.

Carlos volteó enseguida y vio a un hombre delgado con barba montaraz, de pelo largo y enmarañado de color castaño oscuro, unos profundos ojos azules, vestido de cuero sobre una cota de malla de anillas entrecruzadas. Carlos no dijo nada mientras trataba de asimilar todo lo que le estaba pasando en ese momento, mientras miraba al hombre con los ojos abiertos de par en par, al mismo tiempo que éste lo miraba como si lo estuviera probando.

—¿C-co-cómo sabes mi nombre? —inquirió Carlos con un tartamudeo temeroso.

—Estoy aquí por ti, he venido a enseñarte lo que quieres, pero no puedes pedir ayuda a los hombres de Lord Lucas —contestó secamente el hombre al fin quitando la mirada del chico y llevándola a los guardias bajo el desfiladero.

—¿Lord Lucas? ¿Guardias? ¿Lo que quiero saber? ¿Qué está pasando? ¿Y quién eres tú?

—Mira, yo soy John, he venido a ayudarte a salir de aquí y a enseñarte lo que quieres y necesitas saber —explicó John con paciencia.

—¿Y cómo puedo confiar en ti? —desconfió Carlos pensando en que todo el asunto no le daba buena pinta.

—O confías en mí o vas con los guardias a pedirles ayuda y te haces esclavo por el resto de tu vida.

El juicio de Carlos no estaba funcionando muy bien dado el bombardeo extremo y el sinfín de cosas que sucedían en cuestión de minutos, pero pensó lo mejor que pudo en la situación y decidió que prefería arriesgarse a ir al castillo con el supuesto Lord Lucas que con John que parecía un vagabundo con sus vestimentas, y cuando vio que car-

gaba una espada amarrada a la cintura se paró y empezó a caminar hacia el desfiladero nuevamente.

—¡No, espera! —gritó John, pero Carlos hizo caso omiso y siguió caminando— lo siento amigo, pero no puedo dejarte ir con Lord Lucas...

Carlos sintió un golpe en la espalda muy fuerte con algo metálico, sintió cómo se le doblaron las rodillas y vio cómo el suelo se acercaba cada vez más, luego sobrevino un duro dolor en la nariz.

Carlos abrió los ojos lentamente, le dolía la cabeza y la vista se le empezó a aclarar dejando una perspectiva de un techo rocoso e iluminado débilmente por una luz de fuego bailarín. Tardó unos segundos en recordar lo que había pasado y se enderezó rápidamente. Estaba en una cueva húmeda y amplia con una fogata al centro que iluminaba toda la gruta mientras el fuego cabrioleaba al mismo tiempo que las sombras de la caverna. A un lado de la fogata había varios fardos con sartenes, mantas y otros utensilios, pero estaba solitario. Fuera de la cueva era de noche en el espeso y profundo bosque y la mitad de una luna llena se escondía tras el arco de salida de la cueva, y el cielo más estrellado que Carlos jamás había visto se alzaba por sobre los árboles. Relajándose, el chico dejó que el calor penetrase por sus huesos: la calidez de la fogata y la de sus pensamientos. *¿Qué sucede aquí?*, caviló.

Enseguida John entró por el arco de la cueva cargando un par de conejos cazados al hombro y un arco en la mano derecha. Sonrió alegremente a Carlos, que lo miró con desaprobación.

—¿Por qué me has golpeado hace rato?
—quiso saber Carlos, porque no podía suponer que John tuviera malas intenciones, pues si así fuera habría despertado amarrado o encerrado en algún lugar.

—No podía dejarte ir a tu propia captura
—contestó el hombre con sus sabios ojos fijos en Carlos mientras dejaba las presas de caza junto a la fogata y el arco lo recargaba en la pared de la cueva.

—¿Por qué? ¿Quién eres? —preguntó Carlos rascándose la cabeza y frunciendo el ceño.

John dio un suspiro profundo y no respondió sino hasta casi media hora después, cuando los conejos ya se estaban cocinando en la fogata sostenidos de dos varas y cada minuto el extraño hombre se ocupaba de darles vuelta.

—Ya te he dicho quién soy, incluso a qué vine, pero... —hizo una pausa— ...pero si lo que quieres saber, o mejor dicho, comprender es qué haces tú aquí, te contaré lo que yo sepa. En este momento estamos en las tierras del Norte, tierras muy salvajes de Tugal, sé que no eres exactamente de por aquí, pero te contaré brevemente la historia de estas tierras: desde hace aproximadamente unos veinte años hasta la fecha la

gente de Tugal fue regida por las garras de la tiranía, de un linaje de reyes muy antiguo, de los cuales todos eran injustos con el pueblo, los explotaban y les daban muy maltrato, al grado de que muchos morían de hambre o de las golpizas que proporcionaban los guardias a los que daban su opinión o trataban de expresarse libremente. Un buen día, un joven del pueblo de Tugal fue elegido por la gente, dicen, por su gran sabiduría y buena voluntad. El joven fue forjado con valores y estudios interminables de todo tipo, pero también en el combate, pues cuando fuera un hombre debería desafiar al rey en un duelo, para al fin ganar la libertad de la gente y que con ello la democracia pudiera ejercerse, pero el rey Lucas, enterado de esto, reprimió con violencia a todo el que pensara que él no debía ser rey. Así Tugal estalló en guerra por todos estos largos años, un grupo demasiado valiente o tonto de rebeldes se le opone a Lord Lucas escondido de éste, pero aquel joven que fue elegido anteriormente por el pueblo y para el pueblo desapareció, algunos dicen que se esconde hasta el momento en que esté listo para desafiar al rey, otros que se acobardó, en realidad sólo el joven, que ahora es un hombre, lo sabe con certeza.

Hubo una pausa en la que Carlos miró el fuego pensando en la historia.

—Esto aún no responde mi pregunta, ¿quién eres tú? ¿Y exactamente qué hago aquí?

—John es mi nombre y yo soy el niño de la historia, he venido a recuperar la libertad y la democracia que las personas tienen como derecho de nacimiento y tú has venido a mirar lo que sería un mundo sin democracia, sin libertad de expresión y con tiranos como Lord Lucas, para que evites que pase lo mismo en tus tierras, y también me ayudarás a liberar a la gente de Tugal.

—¡¿Que yo qué?! —Carlos dio un salto de donde estaba sentado mientras negaba con la cabeza—. ¡Pero yo no soy un líder, soy sólo Carlos, no un guerrero!

—No se necesita derramar sangre para ejercer tus derechos, Carlos —dijo John arrugando la frente y con cierto tono ofendido—. Mi espada sólo la uso para defenderme de los mercenarios de Lord Lucas que me están cazando continuamente, pero la violencia sólo lleva a más violencia, la batalla debe ser tu último recurso, si tu vida pende de un hilo, pero solamente así.

—¡Pero yo sólo soy yo! Es decir, ¿cómo te voy a ayudar si ni siquiera tengo idea de qué quieres exactamente que haga?

—Las preguntas que tengas se irán respondiendo con el tiempo...

—¿Y cómo se supone que me aventuraré a peligros desconocidos (porque seguramente los habrá) cuando mi corazón no es el de uno de esos héroes sin miedo? —Carlos

estaba respirando agitadamente y paseándose por la cueva muy preocupado.

—Porque ningún verdadero héroe en la historia ha enfrentado los peligros que enfrentó sin miedo, porque sin temor no puede haber valor y además serías un tonto al no tener miedos. Sin mencionar que para que vuelvas a tu hogar necesitas ayudarme en esta empresa —dijo pacientemente John mientras quitaba los conejos de la lumbre y le tendía uno a Carlos.

No eran exactamente muy apetecibles a la vista, pero olían bien y el pobre del muchacho tenía un hoyo en el estómago por lo que aceptó la comida enseguida. Comieron y después se durmieron y aunque no se volvió a tocar el tema de que él tendría que ayudar a John en su aventura, Carlos lo pensó durante toda la noche hasta quedarse dormido.

Al día siguiente John despertó a Carlos para desayunar unas simples frutas silvestres que había recolectado por la mañana, pero a mitad del desayuno John se levantó dubitativo de donde estaba sentado y le dijo a Carlos que esperara en la cueva, adentrándose en el bosque para cinco minutos después volver corriendo y alarmado a la caverna.

—¡Carlos, escóndete! —gritó el hombre desenfundando su espada y volteando a la entrada de la cueva.

Carlos se escondió rápidamente tras una saliente de piedra y se pegó a la pared escuchando atentamente, oyó a otros dos hombres llegar corriendo y pararse en seco justo en la entrada de la cueva.

—Mira qué tenemos aquí, Robin —dijo uno de los hombres. Enseguida Carlos reconocía la voz de éste como el primero al que había escuchado el día anterior en el bosque.

—Sí, Albert, parece que el más buscado del reino será atrapado por nosotros —habló un segundo hombre que Carlos también reconoció del día anterior—. La recompensa de diez mil créditos por su cabeza será nuestra, pero sería mejor llevarlo vivo a Lord Lucas, no puedo imaginar las recompensas que nos daría.

—Si me dieran una moneda por cada vez que ustedes dos dicen eso sería el más rico del reino —dijo John en un tono burlón.

Enseguida se escuchó un choque de espadas con eco dentro de la caverna y la lucha empezó. Carlos se asomó un poco por el filo del muro y vio a John peleando contra ambos guardias, peleaba como un maestro con movimientos rápidos, pero muy elegan-

tes, y los otros dos guardias sólo tiraban estocadas y cortadas furiosamente sin saber siquiera lo que hacían.

John esquivó la estocada de un guardia moviéndose a un lado con rapidez y luego el espadazo de otro agachándose, después dio una vuelta en el suelo y se volvió a parar dejando a distancia a los guardias que atentaban contra él. Los enemigos se acercaron con cautela, esperando el momento justo y mirando a John a los ojos que tenía una sonrisa burlona dibujada en la cara, pero pronto se le borró cuando, en una sucia jugada, el guardia más delgado se paró en las cenizas de la fogata y le lanzó con el pie los polvillos a John justo en los ojos. El guerrero lanzó un gemido, tallándose los ojos frenéticamente sin conseguir resultados y se hincó dándole la espalda al muro donde estaba escondido Carlos.

—¿Qué pasa? ¿Ya no quieres pelear? —esta vez la burla fue del guardia delgado, y el guardia enano y gordo se empezó a carcajear mientras se ubicaba a espaldas de John.

El guardia flaco estaba a punto de lanzar una estocada final a John cuando miles de pensamientos pasaron por la mente de Carlos y los segundos transcurrieron como años. El muchacho sabía que si no ayudaba a John sería su final y le debía una por haberlo salvado anteriormente de ir a su propia captura. En un movimiento rápido y espontáneo, Carlos tomó una gran roca con ambas manos, dio un grito y salió de su escondite, golpeó al guardia gordo en la cabeza con la roca y un sonido metálico del casco plateado del soldado resonó como un trueno por toda la cueva mientras el guardia caía inconsciente. El otro guardia se de-

tuvo, lo miró y se acercó a él con cautela mientras lo veía con el ceño fruncido, y antes de que el soldado siquiera pensara John se levantó a sus espaldas, le dio unas palmaditas en el hombro con lo que el hombre volteó, vio a John con ojos abiertos de par en par y su puño acercarse a su cara con rapidez, luego cayó justo encima de su compañero, desmayado y con la nariz rota.

John agitó la mano y luego se sobó los nudillos mientras le dirigía una sonrisa de oreja a oreja a Carlos y asentía en señal de aprobación.

—Muchas gracias —dijo— sin ti estaría muerto ahora, o peor aún, capturado y sin libertad. En realidad las palabras anteriores no le llegaron muy concretas a Carlos, que estaba mirando a los hombres inconscientes y la roca que aún tenía en las manos sin poder creer lo que había hecho.

—No te preocupes, aún están vivos, pero dormirán un buen rato —dijo John mientras sacaba una pluma blanca muy grande de un bolsillo y la ponía encima de los individuos desmayados—. Sabía que dentro de ti hay alguien muy valiente, Carlos, por eso estás aquí —aclaró John empezando a tomar sus fardos y ponérselos en la espalda. Esta vez Carlos no habló y soltó la piedra que tenía en las manos, enseguida fue a ayudar a

John con sus paquetes aún sin hablar—. Mejor vámonos de aquí lo más rápido posible, seguramente vendrán más hombres en unos minutos y créeme, los guardias reales no son como esta escoria.

Después de recoger todo, John y Carlos salieron lo más rápido posible del lugar con John dirigiendo el camino entre los árboles y matorrales del bosque.

El sol pegaba con fuerza sobre la piel de Carlos, pero de una manera confortable, bañaba los árboles y sus hojas verdes de una luz dorada y el cielo estaba azul y despejado. Hacía una tarde muy bonita en el bosque mientras caminaban con los bultos a la espalda. Carlos jamás había visto tanta naturaleza junta formando una belleza igual, era como estar en un paraíso de aires limpios y puros. Los pensamientos dentro de la cabeza de Carlos daban vueltas y vueltas, trataba de confrontar todo lo que había pasado tan rápido, aun era como si esperara despertar en cualquier segundo de un sueño, pero muy en el fondo sabía que todo lo que sucedía era muy real, que tendría que ayudar, de alguna manera, al hombre que iba a un lado de él.

—¿A dónde vamos? —inquirió Carlos después de un rato.

—Hacia el inicio de una nueva era para Tugal, Carlos –contestó John con una alegría particular—. Pero por ahora podemos hablar de lo que tú necesitas saber, después veremos lo demás...

—Sigo sin entender exactamente qué es lo que se supone que quiero saber –dijo Carlos mirando a John seriamente.

—Piensa, piensa, ¿qué hacías antes de llegar a Tugal?, ¿qué es lo que necesitabas saber? Si vas a aprender de esta aventura y la aventura trata de ejercer la democracia...

A Carlos le vino a la mente su historia tan rápido como si un rayo lo hubiera traspasado, se había olvidado del cuento completamente y siendo sincero jamás habría imaginado que todo lo que estaba viviendo fuera solamente para eso, para una simple historia, aunque para Carlos fuera algo que debía trascender no pensó que fuera a ser tan importante como para lo que decía John: para que no pasara en el mundo de Carlos lo que pasaba en Tugal. ¿Cómo podía un cuento causar tanta impresión o de alguna manera concebirse para que no sucediese algo así?

—Oh, ya recordaste –vociferó John viendo la cara de Carlos– y sé lo que debes estar pensando, y es una respuesta fácil, Car-

los. Si tu historia llega a ser tan buena como quieres que sea para que quede grabada en la memoria de las personas, lo que pasará es que las generaciones venideras tal vez lleguen a leer tu cuento o lo lleguen a escuchar de los cuentacuentos de tus tierras, y con esas historias es precisamente con las que los niños crecen, por ejemplo, mi padre me narraba a mí la historia del Mago de la Luz, vaya historia, llena de peligros y sorpresas, y cuantas veces el mago podría haber dado la espalda a lo que creía y no luchar, cuantas veces pudo haberse convertido en lo que más odiaba, pero, aferrándose a la esperanza, seguía adelante con valor y sin retroceder y al final triunfando, frente a todos los males que lo acosaron. Esas historias te sorprenden desde pequeño y te conmueven, pero es hasta años más tarde cuando entiendes que aunque sean fantasía siempre tienen algo que dejarte, te enseñan lo que de verdad es bueno y es real, que el mal siempre pierde, siempre y cuando la gente buena haga algo por impedirle ganar, algo de corazón, en este caso cómo un tirano caerá a manos del pueblo y cómo el pueblo tendrá libertad de gobernarse a sí mismo mediante la democracia, de ser libres...

John se detuvo y una lágrima rodó por su mejilla mientras miraba al cielo, recordando a su padre, recordando a la gente que sufría esclavizada y lo que él había vivido de eso. Carlos puso una mano en su hombro y le sonrió amistosamente mientras asentía.

—Te prometo que haré todo mi esfuerzo. Ahora sé por qué me decías que no es necesario usar la fuerza para cambiar algo y tienes razón. Te ayudaré.

John volteó conmovido a ver a Carlos unos segundos, luego cerró los ojos y se concentró en lo que venía a continuación.

—¡Me alegro mucho de oír eso, ahora corramos a nuestro destino, pues la gente de Tugal nos espera! —exclamó John.

—Oye ¿y qué era esa pluma enorme que dejaste hace un momento en la cueva? —preguntó muy interesado Carlos.

John dejó escapar una carcajada que le alegró el día bastante, hacía tiempo que no se reía.

—Es mi marca personal, normalmente dejo una siempre en alguna escena importante y ese tipo de cosas, es mi forma de decirle a Lord Lucas que he vuelto y que voy por él.

John y Carlos caminaron a paso ligero por el bosque durante una hora más o menos hasta encontrarse a las faldas de una colina con el sendero que serpenteaba toda su longitud hasta salir del bosque y subir por una pequeña loma rodeada al costado opuesto por un pequeño riachuelo de aguas tranquilas y no profundas, después corrieron por campos de piedras y pastos verdes, de pequeñas colinas y pocos árboles en dirección a una montaña que cada vez se hacía más grande cuanto más cerca

estaban de ella. Al principio parecía una simple formación rocosa pero casi al final del camino se alzaba imponente hasta donde la vista llegaba en el cielo. Una vez ahí rodearon unas millas la montaña hasta llegar a un pequeño paso dentro de ésta, una abertura muy escondida con un sendero de tierra; los muros de piedra grises a los lados estaban muy cerca uno de otro por lo que el paso era muy angosto y algunas veces Carlos y John tuvieron que pasar de lado y dándose severos raspones en las rodillas y los codos de los cuales no hicieron mucho caso, pues John había predicho que tenían que llegar al destino antes del anochecer y el sol ya no tardaba mucho en esconderse. Después el paso se hizo un poco más ancho pero más tortuoso y de subida, con curvas aquí y allá cada cinco pasos, pero al final lograron llegar a una puerta de madera y troncos con dos guardias apostados a los lados, firmes y sin inmutarse hasta que vieron a John, pero éstos estaban vestidos como John, con ropas desgastadas y solamente una cota de malla protegiéndoles y no atacaron. Se notó cómo los guardias identificaron a John como amigo pues lo saludaron y le abrieron las puertas sin preguntar.

Carlos se quedó sorprendido de lo que veía: un valle lleno de gente y casas de madera o tiendas de acampar, con gente moviéndose de aquí para allá en los pastos aterciopelados y a la izquierda, en la parte sur, una gran y hermosa cascada cayendo ruidosamente desde una parte muy alta de los riscos y terminando en un lago pequeño con un arcoiris de lado a lado, las antorchas ya estaban prendidas y las fogatas ya estaban cocinando algo y la gente ya se reunía alrededor de éstas a charlar y compartir anécdotas, gozando de hermandad con los otros hombres y mujeres.

—Sorprendente, ¿cierto? Estos pocos son toda la resistencia que queda contra Lord Lucas y esperan mañana a primera hora ser libres de nuevo —dijo John caminando junto con Carlos que volteaba de aquí a allá sorprendido.

—¿Entonces esta noche iremos al castillo de Lord Lucas? —preguntó Carlos volviendo a concentrarse un poco.

—Nosotros y todos los hombres armados de la resistencia —explicó John y Carlos se quedó boquiabierto, pero antes de que argumentara algo, John aclaró:— No te preocupes, no habrá ninguna batalla, el plan es simplemente mostrar músculo, pues sabe-

mos que haciéndolo toda la gente esclavizada se rebelará y los guardias que están sometidos por Lord Lucas también, dejando inmóviles a los que sean leales al rey actual, los cuales son muy pocos, eso nos dará paso para entrar al castillo y a mí para batirme en duelo con Lord Lucas y así ganar la libertad de la gente.

Carlos dio un gran respiro de alivio al oír esto, pues pensó que habría batalla cuando John mencionó al ejército.

Después John invitó a Carlos a pasar a una tienda muy grande. Al entrar con John detrás vio a tres personas sentadas a la mesa de madera redonda y hablando, enseguida voltearon a ver a Carlos y luego sus ojos pasaron a John y las personas se pararon alegres.

—John, qué alegría verte después de tanto tiempo, amigo mío —dijo el hombre más viejo de todos cuya barba era casi tan larga como él, con hebras plateadas y brillantes.

Luego la mujer a su izquierda saludó con una sonrisa a John que éste devolvió y al final, el último hombre, de casi dos metros y fornido como un tronco, habló con una voz muy gruesa.

—John, sabía que llegarías, sabía que no nos abandonarías en esta tarea.

—En cuanto escuché que harían el último intento por recuperar su libertad no pude evitar venir, es mi responsabilidad y mi gusto, Gerald —dijo John, luego miró a Carlos y lo presentó:— Éste es Carlos, un amigo que me ayudará en esta misión.

Todos saludaron con la cabeza con educación y Carlos hizo lo mismo.

—Ya que John está aquí, ¿cuándo partimos? —preguntó Gerald.

—Enseguida —pronunció el hombre de la barba.

Los preparativos se hicieron, los hombres se prepararon y se despidieron de sus familias hasta el próximo encuentro, que si el plan salía bien sería muy pronto y como personas libres. John y Carlos comieron pan y queso que les dieron y se unieron a los demás, a Carlos le dieron ropas nuevas y una cota de malla para su protección que se puso, luego unos cuantos cientos de hombres salieron por un pasadizo secreto mucho más amplio que el que habían usado John y Carlos para llegar, pero del lado contrario, éste iba en dirección al Este. Luego el grupo giró al Noreste y así marcharon por unas largas horas de luna fría, casi hasta medianoche por planos enormes y al fin llegaron a su destino: detrás de un gran otero un gi-

gantesco castillo se extendía hacia el cielo, un castillo más grande que el primero que Carlos había visto, casi del doble de tamaño, imponente a la luz de la luna, pero no lo suficiente como para asustar a los hombres decididos que esperaron un momento tras la colina a que se diera la señal; al igual que en el primer castillo había cerca minas donde la gente estaba esclavizada. John y Carlos caminaron aún más y quedaron del lado este del castillo, justo hacia donde miraba la entrada, pues era el plan.

—¿Estás listo?—preguntó John a Carlos.

—No, pero aun así te seguiré, he aprendido mucho de ti en poco tiempo... -respondió Carlos un poco turbado y con los nervios haciéndolo temblar de pies a cabeza.

—No, no has aprendido nada, todo esto ya lo sabías, Carlos, pero nunca tuviste el coraje para sacar lo que tenías dentro de ti, sólo te he ayudado a conseguirlo y ahora estás a mi lado a punto de arriesgar tu vida, por eso eres el que podrá hacer una gran historia acerca de la democracia que tienes dentro, que todos tenemos dentro, pues nacemos con ella, está en nuestro corazón y es el fluido de nuestra alma y nuestra libertad y siempre la conservaremos, usarla o no es nuestra propia decisión, diariamente

la tenemos en nuestra vida pues decidimos gobernarnos a nosotros mismos de alguna manera, somos seres de libre pensamiento y por ese simple hecho ya somos seres democráticos, porque aunque tiranos como Lord Lucas gobiernen con miedo has visto que las personas como yo, como tú y como todas las demás que viste en el valle seguirán pensando por sí mismas y seguirán siendo libres. –John sacó su espada que brilló fría a la luz de la luna, la alzó al cielo y dijo: ¡Es tiempo de moverse fuera de la oscuridad de la tiranía, por la libertad de nuestra gente, por la democracia dentro de nuestros corazones latientes y almas vivientes, es hora de ejercer lo que creemos y hacer que esta palabra llamada democracia no sea un acto prohibido ni una palabra de fantasía!

Carlos lanzó un grito alzando una mano a la par de la espada de John y un fuego de antorcha fue agitado en lo alto de la colina en el sureste, era la señal

Los hombres empezaron a marchar hacia el castillo y una campana empezó a sonar, todos los guardias disponibles dentro del castillo empezaron a salir y las personas esclavizadas empezaron a unirse a los hombres libres y a vitorearlos, y una vez que todos los guardias se hubieron juntado para

hacerle frente al ejército de los hombres libres, éstos se detuvieron y el hombre de la barba negra salió de entre la multitud.

—¡Sé que entre ustedes hay muchos –gritó– que saben lo que es correcto, y no sólo eso, que anhelan ser libres, y yo les pido, únanse a nosotros y la sangre no será derramada este día y los días venideros serán de libertad para todos!

Todo quedó en silencio un momento, los guardias de Lord Lucas se miraron unos a otros, dubitativos, sin estar seguros de qué hacer, pero en cuanto el primero de ellos empezó a caminar pasivamente hacia los hombres libres mientras un general de la guardia le ordenaba que regresara, muchos otros lo siguieron, quedando sólo una pequeña chusma al final de guardias reales.

—¿Ah sí? ¡Ataquen! –se enfureció un capitán que aún no veía detrás de él donde los pocos hombres leales al rey se quedaban sin moverse y temerosos– ¡Ataquen he dicho! –el general volteó con odio a mirar a sus hombres y su gesto cambió a total sorpresa cuando se dio cuenta de que le quedaban sólo unos veinte hombres.

El ejército de hombres libres empezó a marchar hacia ellos y luego los rodearon con las lanzas apuntando hacia los guardias, dejándolos sin escapatoria.

—Suelten sus armas y no se derramará sangre de nadie, se lo prometo –dijo el anciano de la barba con autoridad y todos los guardias rodeados por los hombres libres soltaron sus armas sin dudarle un segundo.

—Esa es nuestra señal –avisó John a Carlos y juntos empezaron a correr a la entrada del castillo.

Dos guardias en la puerta, de los que vigilaban el castillo y de los últimos que quedaban, se lanzaron a atacarlos en cuanto los vieron, pero John esquivó a uno de ellos y le puso el pie, luego, una vez en el suelo, pateó la espada del soldado que empezó a rogar por clemencia, John sonrió y le dio un golpe en el cuello con el que se desmayó automáticamente, mientras Carlos estaba esquivando los espadaños furiosos del segundo soldado sin saber exactamente qué hacer, hasta que en un grave error el guardia quiso arremeter contra Carlos con el cuerpo completo, el chico lo esquivó con rapidez y el guardia no se pudo detener con lo que se estrelló de lleno en la fuente de piedra de la fachada del castillo.

—Eso debe de doler —se burló John cuando vio al soldado que Carlos dejó inconsciente.

Ambos entraron al castillo y subieron hasta la torre más alta lo más rápido posible, no había guardias ya, sólo se toparon con otros dos en la entrada de la torre que dejaron encerrados en una habitación atrancada con cajas. Luego entraron a la habitación del trono, al destino final, donde todo debería acabar, para bien o para mal.

Estaba hecha de mármol, desde el piso hasta el techo, era muy grande y alta, con estatuas y bustos decorativos bajo cada arco de columnas tipo griego a los lados de los adornos. También había cuadros en las paredes y candelabros con velas encendidas y justo en medio una lámpara gigantesca de cientos de velas encendidas que iluminaban todo el salón. Al fondo unas escaleras dirigían a un trono de oro finamente trabajado con cojines rojos y dragones ma-

lignos con feas lenguas y un gesto malévolamente en los brazos de la silla, ahí, estaba sentado Lord Lucas, el tirano, con su armadura negra, él era completamente calvo, el único rastro de pelo era la barba pelirroja en forma de candado bordeando la boca pequeña, sus ojos eran aterradores, de un color negro, miraban fijamente a los jóvenes y con el ceño fruncido. A sus lados estaban Robin y Albert, los guardias que habían dejado inconscientes en la cueva esa mañana, Robin tenía una especie de parche en la nariz morada y Albert una venda en la cabeza.

Lord Lucas se paró de su asiento y empezó a bajar los escalones del trono uno a uno, lentamente arrastrando su capa roja y sin dejar de mirar a John con una sonrisa; detrás, lo siguieron Robert y Albert.

—John, qué alegría me da verte —dijo Lord Lucas, que tenía una voz profunda y aterradora, como salida de las profundidades de una cueva oscura— veo que afuera han dejado a mis guardias inmovilizados, por suerte me he preparado para este momento, he entrenado muy duro para vencer en combate y al fin ser el rey legítimo y sin discusión de Tugal.

—Un tirano como tú jamás podrá ser rey legítimo, un verdadero gobernante es bue-

no con la gente, tú eres un opresor, Lucas, y tendrás lo que mereces –determinó John apuntando con su espada a Lord Lucas.

—Yo sólo impongo la disciplina con miedo, es una forma más efectiva, ¿por qué habría de dejar que el pueblo me ordenara qué hacer? Por algo fui escogido como su líder... ¡Yo y nadie más!

—Tú jamás fuiste elegido, ni tus ancestros desde hace mucho tiempo, se ve que no entiendes nada sobre la democracia, sobre el poder del pueblo, un líder es elegido por su capacidad de hacer las cosas y esa capacidad es la que utiliza para el pueblo y no al contrario.

—¡Basura! ¡El líder es el más fuerte! ¡El que tiene derecho de sangre de serlo! ¡Y eres líder para ordenarles a los demás! –se encolerizó Lucas, que sacó su espada dentada y larga desafiantemente.

Los guardias iban a atacar también pero Lord Lucas los detuvo.

—No hagan nada, John es mío para acabar con él. –Lucas y John empezaron a caminar de lado, en un perfecto círculo, manteniendo la misma distancia siempre uno del otro, y para ambos no existía ninguna otra cara en la habitación más que la de su enemigo. Nadie parecía respirar, más que

ellos dos, los otros tres espectadores observaban petrificados, se estaban mirando directamente a los ojos, de azul a negro—. Yo soy el líder por excelencia, el dominio de Tugal es mío y de nadie más y nunca sabrás lo que es ser un verdadero líder.

—Yo sé cosas que tú no sabes, Lucas, y sé lo que es el significado de un verdadero líder, pues es elegido por su corazón —dijo John.

Lucas no habló, pero siguió moviéndose en círculo junto con John, hostigándose como dos lobos esperando el momento justo para atacar.

—¿Corazón? —rió Lucas—. Eso es para los débiles.

—No lo es, pues del corazón vienen la honestidad, la libertad, la democracia, la igualdad entre las personas y la responsabilidad, esos son los verdaderos valores de un líder, los valores democráticos.

—¡Silencia, ya! —Lord Lucas atacó y chocó la espada con John y se quedaron forcejeando cara a cara, espada contra espada.

—¿Sabes algo, Lucas? Me has decepcionado, pensé que siquiera sabías en el fondo que eras malo, que lo que hacías no estaba bien, pero eres arrogante y tonto, crees tan ciegamente en lo que haces que te has con-

fundido con ideas falsas y te habría perdonado si fueras alguien que pudiera arrepentirse, pero no tienes remedio alguno. —John, con una gran fuerza empujó a Lord Lucas que volvió a atacar con una rabia que cegó su habilidad. John empezó a esquivar con facilidad sus ataques hasta que en una estocada hizo que Lucas soltara su espada, luego John llevó su propia espada al cuello de Lucas y lo sometió.

Lo había vencido por fin, Lucas empezó un gímoteo mientras se dejaba caer al suelo derrotado, John dio un suspiro y miró a los guardias, Robin y Albert, que tiraron sus armas enseguida y salieron corriendo de la habitación.

John sacó una pluma blanca de su bolsillo y se la puso a Lucas en la espalda, entre su armadura y las ropas, luego Carlos tomó la espada de Lord Lucas y la lanzó lejos en la habitación para que no la volviera a tocar, John guardó su espada y le sonrió a Carlos al tiempo que llegaban varios hombres libres armados por la puerta de la torre, entre ellos el hombre de la barba larga y Gerald, que sonrieron a Carlos y al ver a John con Lord Lucas a sus pies empezaron a vitorear con alegría y sin detenerse. Al fin, después de varios siglos de opresión, de desigualdad y de tiranía, eran libres, una palabra que no conocían en carne propia sino sólo por las historias contadas por sus ancestros.

—Ahora esta gente podrá vivir en democracia, en un mundo libre y que gobiernen ellos a través de los líderes que el pueblo elija —murmuró John a Carlos—, siempre te recordaré, amigo mío, ahora puedes irte, recuérdanos siempre y tal vez algún día nos volvamos a encontrar.

Carlos empezó a sentir como si algo lo jalara por atrás, empezó a ver borrosa la escena y una sensación de mareo lo invadió.

—Claro que lo recordaré, John, te recordaré, pero... —al fin Carlos iba a hacer una pregunta que le había estado taladrando la cabeza por toda la travesía— ¿Está esto dentro de mi mente o es real?

John rió, pero Carlos lo escuchó como algo lejano.

—Claro que es muy real, pero nos volveremos a ver, Carlos, por lo que no digo adiós sino hasta la próxima... —dijo John, y Carlos ya se sentía muy lejano y a punto de despertar...

—¿Y por qué demonios si esto está dentro de tu mente significa que no sea real?

—Porque así es... —dijo John por último en tono burlón.

Carlos despertó enseguida, se había quedado dormido encima de su escritorio. Levantó la cabeza y tenía la hoja de su cuento pegada a la cara, se la quitó y vio por la ventana el ciprés iluminado por los rayos dorados del sol en la mañana, los pajarillos canturreaban dando la bienvenida al nuevo día. Carlos recordó todo lo que había pasado y dudaba si había sido real porque se había sentido como si de verdad lo hubiera vi-

vido, luego recordó su cuento y miró el reloj, apenas eran las siete de la mañana, tenía tiempo para escribir su cuento y entregarlo. Se puso a escribir las experiencias y su aventura en Tugal, sueño o realidad, no lo sabía, pero la relató de principio a fin, ahora sabiendo lo que de verdad significaba la democracia, en toda la extensión de la palabra y no sólo el significado del diccionario. Sabía ahora que estaba siempre presente, en la vida diaria de las personas, que se usaba como forma de vida y que nacían todos y cada uno de los seres humanos con ella o con el derecho a ella, ahora se sentía un poco diferente, cambiado, pues veía en cada acción que hacía un poco de democracia en alguna forma. Terminó rápidamente de escribir el cuento, se arregló para salir, tomó las hojas, bajó las escaleras a la planta baja, se puso una chamarra, salió cerrando la puerta tras él, y antes de abrir la verja de la casa se quedó mirando al cielo y algo le cayó en la cara, lo tomó y sonrió muy alegre y al borde del llanto, pero de felicidad. Era una pluma muy grande de color blanco.

Esperanza:
un
viaje
interminable

Tania
Asensio
Ornelas

Tercera categoría, segundo lugar



Nuestro sueño consistía en emprender el viaje de nuestras vidas; recorrer nuestro hermoso país y vivir en alguno de los lugares que nos conquistara y llenara completamente nuestras expectativas personales.

Los líderes del grupo se formaban por Clarisa, Mariano, Paco y yo, Tania, joven, insegura, de pocas opiniones, huérfana y con dos pequeños hermanitos a mi cargo: Luisito y Cinthia. Todos nosotros, además de ser amigos de toda la vida y compañeros de infinitas aventuras, éramos los tripulantes principales. Posteriormente se anexaron a la travesía otros compatriotas y compañeros de nuestra edad.

El sacrificio para iniciar este viaje nos costó años de esfuerzo y ahorros, pero el instrumento principal para poder realizarlo y que había sido donado por mis padres al morir, era un viejo camión color rosa en condiciones poco favorables, pero con buen motor para darnos el lujo de avanzar hacia rumbos desconocidos. Este camión era para nosotros algo muy importante, pues de él dependía nuestro objetivo: un sueño lejano e interminable que desde niños todos imaginábamos y nos parecía muy lejano hasta que “Esperanza”, nombre con el que bautizamos al camión, estaba ante nuestros ojos.

En ese momento yo era mayor de edad y mis amigos también, así que el mundo estaba a nuestros pies para poder conocer y vivir los más hermosos sueños y aventuras. Sólo que había un problema: tanto mis amigos como yo, sabíamos que el llevar a mis hermanitos con nosotros nos llenaba de compromisos, responsabilidades y mucho mie-

do, pues al querer iniciarnos en el mundo de la independencia, no podríamos del todo desprendernos de la vida ni de nuestras obligaciones para con ellos.

Un día antes de emprender nuestro anhelado viaje sucedió lo siguiente:

En la plaza de la colonia nos reunimos todos para admirar a “Esperanza”.

—¡Qué padre!, ya tenemos a “Esperanza” en nuestras manos –dijo Clarisa mientras Mariano y Paco lo admiraban por dentro y por fuera–. Cuánto esfuerzo debió haber costado a tus padres este hermoso regalo, Tania.

En ese momento recordé las palabras de mi padre que me decía: “Hija, ten siempre presente que las cosas de la vida se ganan con esfuerzo, dedicación y responsabilidad. Algún día tus padres no estaremos contigo y deberás emprender el camino hacia tu destino siempre fomentando el respeto y la tolerancia hacia los demás para que así el trato hacia ti sea igual.

Después de recordar esas hermosas palabras y sentirme un tanto triste por su pronta pérdida, expuse con gran duda lo siguiente:

—Amigos, escuchen: el día de mañana comenzaremos nuestro viaje anhelado desde niños, todos sabemos que inicia una etapa muy importante para nosotros y hasta hoy hemos logrado juntar todo lo necesario para realizarlo, ¿no es así?

Todos asintieron con la cabeza y Mariano tomó la palabra:

—Así es Tany, mañana pondremos en marcha a “Esperanza” y lo llevaremos por el mejor camino para poder llegar a nuestro destino.

Esa palabra fue emocionante para todos, excepto para mí, pues al recordar la frase de mi padre de “emprender el camino hacia mi destino”, comencé a dudar cuál sería el destino adecuado para todos y cada uno de nosotros. Paco me observó y mencionó que no me veía tan contenta como en días pasados y temía que cambiara de opinión respecto a ir con ellos. En ese momento Clarisa me abrazó y me dijo:

—¿Qué tienes Tany? Sabemos que estás triste pero nosotros te apoyaremos a ti y a tus hermanos, no te preocupes.

En realidad nadie sabe el porqué de mi actitud, pero por mí pasaron muchos pensamientos a raíz de no tener ninguno de nosotros un destino definido. Lo de menos era viajar, pero ¿a dónde? ¿Cuál sería el final de nuestro trayecto? Y es que después de tantos años de planear este sueño sólo nos habíamos enfocado en juntar nuestros domingos que desde niños obteníamos de nuestros padres. Hasta ese momento teníamos el suficiente dinero para viajar, pero jamás nos habíamos sentado a discutir sobre un destino en particular, pues cuando uno es niño todo se le hace fácil y se alimenta de ilusiones a veces intangibles, no apegadas a lo real.

No quería arruinar la fiesta de emociones de los que me rodeaban, pero sabiendo que de mí dependía el bienestar de mis hermanitos dije en un tono un poco preocupante:

—¿Cuál será nuestro destino final?

Yo, aunque mayor de edad, ilusa todavía, pensé que se definiría rápidamente porque desde niños poseíamos una relación de cooperación y armonía. Al ver las caras de duda e incredulidad hacia lo que preguntaba, puesto que de todos era la que menos “peros” ponía ante cualquier decisión, me di cuenta de que, aunque amigos desde la infancia, ya no teníamos los mismos gustos que antes y que cada uno poseía puntos de vista distintos que, como decía mi papá, tenían que ser respetados.

Después de limitarnos al silencio unos minutos y de hacer como si no pasara nada, mis amigos comenzaron a exponer el destino que les parecía correcto.

Paco y su banda querían llegar hasta las montañas, su lugar predilecto, porque según él, era el lugar donde más brillaba el sol.

Mariano y los suyos expresaron sus deseos de dirigirnos al mar, para disfrutar del agua, la playa y el sol, puesto que era el lugar donde todos podíamos observar un horizonte perdido en el infinito.

Clarisa y sus invitados se limitaron a decir que lo más conveniente era transitar de puerto en puerto, donde el camión pudiera cargar gasolina y así seguir cada día un nuevo camino.

Así pasamos horas. Unos y otros defendían su proyecto y expresaban su pasión a los que aún no decidíamos dón-

de ir o no elegíamos con certeza un lugar específico. Me sentía incómoda sólo de pensar que no era capaz de proponer un destino conveniente para todos. Ellos se integraban fácilmente a la discusión, al diálogo, pero yo no decía ni una palabra.

Escuchaba, observaba y cuidaba de mis hermanitos quienes asombrados, calladitos y con los ojitos muy abiertos daban muestra de no comprender nada de lo que estaba sucediendo. Y claro, ¿cómo podían entender si eran apenas unos niños? Yo y mis amigos, a su edad, sólo soñábamos sin razonar lo difícil que era cumplir un sueño. Ellos sólo querían subir en “Esperanza” y viajar, y era entendible porque no tenían obligación de pensar en nada más que disfrutar, como nosotros lo pensábamos. Clarisa, al verme con mis hermanitos atentos a la conversación, paró la discusión y mencionó a todos que debíamos definir el destino de “Esperanza” con democracia y participación. Lo había dicho por mí, ya que en todo ese tiempo, desde que pregunté sobre el destino de “Esperanza”, no había dicho ni pío.

En ese momento, aunque sentía la necesidad de decir algo, no sabía ciertamente qué. Luisito, mi hermanito menor, me preguntó:

—Tany, ¿qué es democracia?

Tan incómoda como en ese momento pocas veces me he sentido, pues no supe qué responderle e hice como que no lo escuché.

La pregunta de Luisito me daba vueltas en la cabeza mientras fingía escuchar a los demás con movimientos absurdos de cabeza.

Eran tantas las propuestas y tanto el ruido que comenzó a dolerme la cabeza de tanto pensar y no decir nada. Cinthia, con inocencia y un poco de incomodidad me dijo:

—Hermanita, ya no quiero que discutan tus compañeros. Siempre han sido amigos. ¿Por qué discuten?

A esto le contesté:

—No discuten de manera negativa, lo que intentan es tomar una decisión para bien y disfrute de todos los que estamos aquí. Creo que es una junta democrática.

Claro que la palabra mencionada la dije con mucha duda. Después le pregunté:

—Por cierto, ¿tú a dónde quieres ir?

Ella me dijo que no sabía y al regresarme la pregunta le respondí apenada:

—Yo tampoco.

Minutos después tomé a mis hermanitos y los alejé de la discusión. Comencé a hablar con ellos sobre mis papás. Recordamos

cosas hermosas vividas con ellos y hasta situaciones un poco difíciles.

—¿Se acuerdan cuando mis padres discutían sobre cómo decorar la casa o en qué escuela debíamos estudiar?

—Sí —respondió Luisito—, y también recuerdo cómo se ponían de acuerdo después de pensar en nosotros, sus hijos, a quienes nos preguntaban qué opinión teníamos sobre eso.

Cinthia agregó:

—Yo, por ejemplo, me acuerdo que mi mami me preguntó sobre qué color me gustaba más y le dije que el rosa. A partir de ese momento me compraba mis zapatitos rosa, mi mochilita rosa y todo de color rosa. A Luisito le compraba todo de color rojo con azul porque era el que a él le gustaba.

Luisito, un poco incómodo, expresó que ese color nunca le gustó, pero como no podía hablar bien, tenía que conformarse con asentir con la cabeza. En ese momento sus comentarios causaron en mí un poco de simpatía y gracia, pero a la vez me hicieron reflexionar.

Si mis padres tomaban decisiones era porque los dos estaban de acuerdo y porque tomaban en cuenta nuestras opiniones. Si a Luisito no le parecía era en parte su culpa porque no se expresaba bien, ahora lo podía hacer y nadie le había pedido opinión. También pensé que cómo era posible no participar en la discusión si tenía todas las herramientas para hacerlo. Me sentí un bebé que, como Luisito, sólo se había limitado a mover la cabeza a todas las expresiones de mis compañeros.

“La democracia es eso –decía entre dientes–. Nuestros padres utilizaban la democracia para bien de la familia. Entonces, la democracia debe ser la herramienta para llegar a un acuerdo bien definido, tomando decisiones para el bienestar de todos y cada uno de los que estamos aquí.”

Sin darme cuenta comencé a hablar en voz alta:

—Debemos expresar nuestras opiniones de forma clara, analizar sus pros y contras y de manera conjunta dar nuestra aprobación, cuidando siempre el no afectar a ninguno de los presentes.

Luisito y Cinthia fueron los primeros en observarme como si fuera un marciano que les hablaba en otro idioma. No era necesario que dijeran nada, porque no habían entendido en absoluto ninguna palabra expresada por mí. Sin embargo, todos los demás estaban, en un abrir y cerrar de ojos, atentos a escuchar más de lo que en un principio había expresado en soliloquio.

Ese poder de opinión que poseía en el momento me dio fuerza para seguir expresando mis ideas a todos. Me sentí parte importante del grupo. Era el momento de verbalizar toda esa necesidad de querer decir algo. Tomé una silla vieja que estaba en el interior de “Esperanza”, me subí a ella y dije:

—Atención. El silencio en el que hemos estado atrapados mis hermanitos y yo en el transcurso de esa discusión democrática nos ha hecho preguntarles una cosa: ¿qué quiere decir democracia?

Nadie respondió. Era una pregunta demasiado profunda para todos, aunque su discusión era, según ellos, democrática.

—Es triste saber que podemos dar puntos de vista maravillosos sobre dónde ir, enfocándonos solamente en nuestros sueños sin voltear la cara a los demás, que tal vez no estamos de acuerdo. Pero también es triste no poder dar un punto de vista objetivo ante algo que se nos propone, privándonos así de nuestra propia libertad de expresión. Hasta este momento yo he estado dentro de los que no opinan. Mis hermanos también, pero aunque son pequeños tienen derecho a opinar, ¿no creen? En este momento mentiría si digo que sé el significado de democracia, pero sin pretender ser árbitro al menos sé lo que quiero que signifique. Amigos, lo que para mí significa democracia, no se reduce a su sentido clásico del gobierno elegido por el pueblo, ya que esta definición es pobre en su contenido y ajena a la mayoría de nosotros que jamás hemos votado, pues recientemente hemos cumplido la mayoría de edad. Mi concepto de democracia es mucho más rico y amplio; es esa gama de opiniones y acuerdos que en situaciones comunes y cotidianas deben regir en la vida del ser humano.

Clarisa y sus amigas que anteriormente mostraban liderazgo, quedaron perplejas ante mi discurso. Mariano y Paco no dijeron

una palabra. El silencio predominó y me hizo sentir mal. De pronto observé que se alzaba en señal de opinión una manita pequeña que apenas lograba visualizarse entre tantos jóvenes inexpertos en ponencias de este tipo. Era Luisito, quien de forma sorprendentemente segura preguntó:

—Entonces, ¿la democracia es aplicable en todas las situaciones de nuestra vida?

—Así es hermanito —le dije—. Tú, en este momento puedes opinar, aunque seas niño. ¿Dónde te gustaría llevar a “Esperanza”?

Luisito, animado, comentó a todos nosotros que lo único que quería era pasear y vernos felices a todos, pero que nunca olvidáramos que tanto él como su hermanita eran pequeños y, aunque sus deseos y opiniones quizá no fueran los correctos, tenían el derecho de ser guiados y respetados por todos y cada uno de nosotros.

—Lo único que pido —expresó Luisito con voz tierna y a la vez autoritaria— es que nos convenzan a todos de las ofertas que hacen, exponiendo de forma madura cuál es el destino que nos conviene tomar.

En ese momento, todos tomamos actitud de profesionales en el arte de la oratoria y nos turnamos para ocupar la silla, instrumento que llegó a ser el estrado de la reunión.

Comenzó Paco, quien vehemente y pasional, nos explicó, como todo un profesional en el discurso, las ventajas y beneficios que tendríamos si aceptábamos el destino propuesto por él. Habló de lo maravilloso de las montañas, del impresionante y mágico camino para llegar a ellas y de la ventaja de ser un lugar donde no existían las injusticias ni los días nublados, ya que siempre alumbraba el sol.

Algunos de los oyentes y yo misma, nos sentimos deslumbrados por su discurso al imaginar las alturas, el viento a favor y el radiante sol que iluminaba nuestro ser. Casi estuve a punto de dar un voto a ciegas de no ser porque esa luz radiante de sol llegó a mi cabeza y me hizo bajar a la realidad.

Mariano levantó su mano y tomó la palabra:

—Oye Paco, eso de la montaña suena maravilloso, pero “Esperanza”, ¿puede llegar hasta allá?

Paco, sin perder seguridad, le mencionó que era lo de menos y citó un dicho popular que dice: “El que quiere puede”.

Mariano, no convencido, expresó:

—Pero si no llegamos y nos quedamos a mitad de la montaña, ¿qué hacemos? ¿Empujaremos el camión?

—Pues claro, así lo haremos –respondió Paco.

Luisito, quien de forma mágica había adquirido una singular madurez, expresó:

—¿Quieres preguntarle a los demás si lo harían?

Un largo silencio se hizo en el grupo y poco a poco todos los integrantes empezaron a participar con sus opiniones que, evidentemente, no eran unánimes.

Paco volvió sobre sus argumentos de una manera más exaltada para tratar de convencer al grupo. Sus amigos seguidores trataban de presionarnos a todos los que nos oponíamos a las metas de Paco.

Ante este panorama difícil y acalorado por el sol que acaloró mi cabeza y la de los demás, le recordé a Paco y los suyos que, así como ellos exponían sus argumentos ante todos, también nosotros teníamos la libertad de participar en la toma de decisiones y habría que aceptar aquella que la mayoría aprobara, aunque fuera contraria a su proyecto.

—Hasta que no estemos la mayoría de acuerdo, “Esperanza” no puede arrancar —dije con voz dura.

Paco bajó del estrado y su respuesta se limitó a una mueca muy singular, pero no de mucha conformidad, al contrario; su rostro mostraba molestia, irritación y arrogancia.

Era tiempo de escuchar a Mariano con su propuesta, así que Paco, más tranquilo, aceptó deportivamente esperar a que Mariano expusiera las ventajas de su proyecto y reflexionó sobre la importancia de la tolerancia en esta situación.

Mariano subió a la silla y con gesto pausado habló de las ventajas que había al llegar al mar donde, como relató anteriormente, el horizonte era infinito. Sus conceptos de tranquilidad, sosiego y comodidad atraían a los demás y se palpaba en el ambiente un efecto de paz. Todos escuchábamos el canto de las aves y la sonoridad de las olas. Los murmullos de aprobación se hacían evidentes; yo casi estaba convencida hasta que sentí en mi rostro una brisa de lluvia que me despertó. En ese momento intervine para pedir que con argumentos realistas nos aclarara algunas

dudas que se me venían a la cabeza. Sin más le dije:

—Mira Mariano, esto del horizonte suena muy bonito, así como lo de la tranquilidad, la paz y el canto de las aves, pero opino que nuestro destino debe ser otro. Somos jóvenes, tenemos proyectos ambiciosos, queremos ser solidarios entre nosotros y emprender cosas que nos preparen ante la vida. ¿Cómo vamos a crecer y madurar si llegamos a un destino que nos proporcionará tanta paz y sólo nos permitirá rascarnos la panza esperando que la comodidad y el sosiego nos lleguen gratis y sin el menor esfuerzo para conseguirlos?

Mariano se quedó estupefacto y con los ojos abiertos como plato, ya que no esperaba que le pusieran dudas en su maravilloso plan. Así que volvió sobre sus argumentos para tratar de convencernos.

Cinthia, tierna y cuidando no hacer sentir mal a Mariano, le explicó dulcemente que ni ella ni Luisito sabían nadar y que el mar le causaba un poco de temor. En ese momento Mariano reflexionó sobre su proyecto aparentemente atractivo y se dio cuenta que no respondía a las necesidades, gustos y compromisos colectivos. Eso de ir a la playa sólo representaba unas lindas vacacio-

nes, y vaya que lindas, pero, ¿cómo podíamos ir a un lugar que nos proporcionara tanto placer hasta estancarnos como unos buenos para nada y al mismo tiempo nos privara de continuar desarrollándonos en la vida?

No dudé en ningún momento sobre la honestidad de su propuesta, pero Mariano finalmente se sintió un poco egoísta al no percatarse de lo personalista de su proposición.

Poco después, pedimos a Clarisa y su grupo tomar la palabra para conocer el objetivo final de su camino propuesto. Conocíamos perfectamente a Clarisa y sabíamos de su determinación y coraje que la impulsaban en sus actividades diarias y sus pequeños objetivos. A pesar de ello, Mariano, Paco y sus camaradas cuchichearon por lo bajo, en señal de desaprobación su intervención, sólo porque era... mujer.

Eso no era justo, pues para llegar a una solución armónica y democrática era necesario, además de la participación, el diálogo y la tolerancia, un término denominado igualdad. Se lo hice saber, y en ese momento todos prestaron atención al discurso de Clarisa, quien con tono pausado, palabras claras y precisas, comenzó a explicar su plan de la siguiente forma:

—Amigos, yo como ustedes, quiero llegar muy lejos, pero quiero que reflexionen acerca de algo muy importante: “Esperanza”. Tany lo ha adquirido como herencia de sus padres, quienes con tanto esfuerzo lo compraron. Independientemente de eso, como verán, no está en las mejores y más modernas condiciones, así que, dado que somos nosotros los que tenemos que moverlo, debemos hacerlo con prudencia y seguridad para no malograr el viaje. Podríamos quedarnos a mitad de camino llenos de frustraciones y reproches que aniquilarían nuestras ilusiones puestas en un final que se supone debe ser feliz para todos.

Esta fue una reflexión muy poderosa para todos, e hizo que reaccionáramos asustados ante algo que podía suceder si no analizábamos todas las partes con prudencia y sabiduría grupal. “Esperanza” era el elemento más importante que nos transportaría a... bueno, eso no lo sabíamos todavía.

—Yo les propongo —siguió ella su discurso— que nuestro destino sea un viaje interminable, pero con etapas muy concretas entre las cuales cada uno de nosotros asuma la responsabilidad de ir mejorando las condiciones de nuestro camión y en cada

parada aprovechemos el tiempo en reparar y suplir con eficacia las piezas necesarias de “Esperanza”, para que cada vez pueda recorrer mayores distancias con seguridad. De esta manera, podríamos llegar a la montaña soleada, al mar del horizonte infinito y a cualquier destino que nos propongamos.

En ese momento pedí la palabra a favor de Clarisa diciendo lo siguiente:

—Esta propuesta de Clarisa me parece muy inteligente, aunque me gustaría reflexionar ante algo: este camino, en principio podría parecer aburrido y por ello vamos a necesitar grandes dotes de paciencia y una responsabilidad mayor por parte de cada uno de nosotros. Siempre hemos sido amigos, pero debemos comprender que, aun siendo los mejores, cada integrante debemos ejecutar en beneficio de los demás todas nuestras aptitudes, desde los más pequeños hasta los más grandes, para vivir en convivencia y armonía dentro de “Esperanza”. Yo me declaro a favor de Clarisa, y opino que para conseguir este destino debemos actuar con honestidad, igualdad, equidad y sin ventajas para nadie, pues bien sabemos que somos iguales para el esfuerzo y para el descanso. Si queremos y estamos de acuerdo en aceptar la propuesta de Clarisa debe-

mos ser conscientes de lo que significa lealtad y justicia; éste sería nuestro código legal.

Todos escucharon pensativos el discurso de Clarisa y el mío. Al ser atacadas por un silencio ensordecedor, nos debilitamos y bajamos del estrado ante ese efecto cansado.

Yo noté a Cinthia conmocionada. Mis ojos ante sus ojos recordaron la responsabilidad que tenía sobre mis hermanos, pero también entendía que ellos eran unos niños con la suficiente inteligencia y fuerza para hacer equipo con nosotros sin necesidad de ser discriminados por ser menores.

—Quisiera saber, señoritas —comentó Cinthia dirigiéndose a Clarisa y a mí— cómo le harán cuando alguno de nosotros no realice la tarea que le corresponda.

Clarisa, con una sonrisa enternecedora, le explicó que en cualquier situación de esa índole era necesario proceder al diálogo con el involucrado para primero conocer sus razones y, una vez escuchadas, determinar de manera plural si son o no justificadas. Posteriormente, por la vía del convencimiento y prestándole la ayuda necesaria, volver a integrarlo en el grupo, porque una de las obligaciones de todos como grupo era mantenernos consolidados a pesar de

las etapas difíciles que se presentaran en el transcurso del viaje interminable.

A estas alturas todos habíamos comprendido que el mejor proyecto era el de Clarisa. Paco y Mariano, los que anteriormente llegaron a inconformarse, en ese momento estaban contentos y plenamente de acuerdo en la propuesta, y hasta tuvieron que convencer a los suyos para aceptar.

Nuevamente, y ya con la seguridad y poder de opinión que tanto me hacían falta de niña, y que hasta ese día me di cuenta de lo importante que es para todo ser humano tomar la palabra cuando lo considere necesario, expresé con orgullo:

—Como no hemos decidido el primer punto de llegada propongo ir visitando cada lugar propuesto, habitando en él tres meses, tiempo suficiente para trabajar y juntar el dinero necesario para retomar nuestra siguiente parada.

Luisito y Clarisa hablaban entre ellos en secreto, y muy en su papel de dirigentes menores expresaron que un año en cada lugar era conveniente para todos, pues haría posible un aspecto muy importante: estudiar un ciclo escolar en cada sitio, para crecer con plenitud.

Esa reflexión fue la más inteligente de toda esa tarde, donde nuestros sueños se

acrecentaban cada vez más. Ante ese comentario todos aplaudimos, y frases como ¡de acuerdo!, ¡aceptamos!, ¡es buena idea! imperaron por largo rato.

Mariano expresó muy animado que debíamos estar siempre unidos y no olvidar nuestras metas ni un segundo para nunca tomar senderos erróneos o querer separarnos. Posteriormente afirmó:

—Mañana temprano, a las nueve de la mañana, éste será nuestro punto de partida. No olvidemos lo acordado. Ahora que ya estamos de acuerdo todos y cada uno de nosotros, vamos a hacer nuestras maletas. No olviden guardar mucha fuerza, ya que la vamos a necesitar. “Esperanza” estará de nuestro lado y nos abrirá camino a senderos mágicos y reales.

Ese cuadro impresionante de sonrisas hermosas y palmadas mutuas fue suficiente para notar que todos estábamos de acuerdo en la decisión.

Con ganas de que fuera el día siguiente nos despedimos con un abrazo impetuoso y miradas alegres. Partimos a nuestras respectivas casas a preparar todo lo necesario para emprender el viaje hacia nuestro destino.

Llegó la hora indicada y la mañana pintaba hermosa, el sol radiante llenaba de ale-

gría las plantas, los árboles y los rostros de la gente que pasaba por las calles. “Esperanza” lucía radiante en el centro de la plaza, el lugar de nuestra partida. Todos los interesados estábamos ahí, puntuales como siempre. Estábamos convencidos de que el viaje sería el soñado desde pequeños. Un viaje sin fin. Cada tripulante subía a “Esperanza”, quien, al prender su motor, ponía en marcha nuestras ilusiones.

Los padres de los demás despedían a mis amigos con tristeza, pero con una mayor alegría por dentro al ver cómo todo lo que de niños les inculcaron lo habían aplicado a la perfección.

Por un momento comparé a mis amigos, mis hermanos y a mí misma con un nido de pajaritos que observaba detenidamente en un árbol del parque, que estoy segura, algún día volarán como nosotros y que dependiendo de ellos harán acrecentar sus alas lo más infinitamente grandes para volar y conocer todo ese enorme cielo que les ha sido otorgado. Tal vez algún día, cuando eso suceda, regresen a este árbol, pero no creo que pronto.

También recordé a mis padres con un poco de nostalgia, pero a la vez con satisfacción, porque sin darme cuenta nos heredaron a Luisito, Cinthia y a mí, algo muy importante que se podía tocar, observar, admirar y conducir, y ese algo tenía el nombre de “Esperanza”; y junto con ella el valor de hacer las cosas bien, siempre por el buen camino. Ese día sabía que lo estábamos cumpliendo, porque ese momento era el inicio de nuestra nueva vida.

Por fin subimos al camión, donde cada uno eligió su lugar como mejor le convino, y estando acomodados, demo-

cráticamente elegimos al primer conductor designado: Mariano, que con las manos al volante y poniendo la palanca en marcha, arrancó a "Esperanza".

Todos estábamos emocionadísimos en nuestro primer recorrido. Juntos y en armonía, estábamos satisfechos de haber llegado a un acuerdo con democracia y tolerancia.

Llegamos primero a un pueblito, estacionamos a "Esperanza" y comenzamos a admirar sus calles y paisajes.

Encontramos todo, menos lo que esperábamos. No había mar, ni salía el sol, ni se apreciaba horizonte alguno. La gente vivía sola. Era como un grupo sin grupo, o como un grupo de soledades andando de un lado a otro como si nadie dependiera de nadie.

No era la única que pensaba eso y en una junta entre Clarisa, Paco, Mariano, mis hermanos, todos los tripulantes y yo, decidimos realizar un plan bastante interesante.

Compramos unas bocinas, las colocamos en "Esperanza" y comenzamos a difundir algunos valores importantes en la vida del ser humano. Clarisa habló un día sobre el respeto, a Mariano le tocó hablar sobre el diálogo, a Paco sobre la tolerancia y a mí, junto con mis hermanos, sobre la democracia, nuestro tema preferido.

La tarea no era fácil, pero nuestro único interés en ese momento era concienciar a los demás partiendo de nuestra experiencia como amigos, llenos de sueños, pero también llenos de afectos e intereses mutuos.

Poco a poco nos fuimos familiarizando con los pobladores al grado de sentirnos parte importante del lugar, y así fue. No puedo decir que salvamos al pueblo con nuestras ponencias, pero al menos el sol salía de vez en cuando, las aves cantaban hermoso, y se llegaba a apreciar el horizonte. Sólo hasta que vimos eso decidimos conocer otros lugares, orgullosos de poder ejercer una tarea muy humana y necesaria para nuestro país.

Comprendimos que nuestra labor era el difundir los valores más fuertes del ser humano pese a cualquier adversidad. “Esperanza” era nuestra bandera y la democracia entre nosotros nuestro soporte.

Conocimos así mares un tanto sórdidos, y nuestro logro fue dotarlos de color y horizontes infinitos. Visitamos montañas tan altas y llenas de nubes negras y trabajamos hasta que esas nubes dieran paso a la luz del sol, conocimos también pueblos desunidos y un tanto descuidados y nuestro propósito fue el unirlos y limpiarlos.

Cada día, a cada momento, crecía nuestro interés por luchar hasta conseguir un país mejor para todos.

Mis pequeños hermanos, que en un principio no entendían nada sobre la democracia, llegaron a ser unos maestros en su aplicación. A cada destino al que llegábamos, en cada escuela, jugaban con sus amigos, y antes de cada juego, discutían sobre la necesidad de reglas con las que todos pudieran quedar contentos. Y así lo hacían. Bueno, siempre que perdían se sentían un poco mal, pero aceptaban con honor su derrota.

De pronto, sin darnos cuenta, comenzamos a ser muy famosos por nuestro sentido de igualdad, y cada que llegábamos a cierto lugar, niños, jóvenes y adultos gritaban: ¡"Esperanza!"! ¡Nos ha visitado "Esperanza"! La gente de las montañas, del campo, del mar, de la sierra, de las plazas, de las ciudades, y del país entero, nos abría sus puertas y escuchaba con detenimiento nuestras aventuras y desventuras.

No teníamos representante fijo; era tanta nuestra unión que nos dábamos libertad de elegir día con día al dirigente de "Esperanza".

A lo largo del viaje, me di cuenta de que la mejor forma de convivir en una sociedad es la democracia; donde el conjunto de ciudadanos elige libremente a su representante, para que con honestidad, responsabilidad y respetando las normas legales, trabajen a favor de los ciudadanos, procurando el beneficio común y sin privilegios de clase o grupo, para lograr una sociedad más libre, armónica, tolerante y participativa, tal como lo hacíamos los tripulantes de "Esperanza".

Todo lo que mis padres me habían enseñado y los valores que nos inculcaron estaban siempre presentes en nosotros, y sin darnos cuenta los ejercíamos día a día. El respeto a los demás, la tolerancia, responsabilidad, democracia e igualdad, fueron el combustible que nos transportó a los lugares más maravillosos, que logramos convertir en un país lleno de gente honesta, feliz y sin inconformidades.

Hoy, recuerdo con tanta emoción aquellos momentos en los que diariamente aprendíamos cosas nuevas y las aplicábamos a nuestra vida y a la de los demás; teníamos cada vez las alas más extensas y era momento de darles un uso más intenso.

A Clarisa, hace tiempo que la dejé de ver, ella decidió emprender un camino muy lejano. Se ha ido a Francia a conocer la forma de organización y democracia que existe en ese lugar y de paso, subir hasta la punta de la torre Eiffel. Mariano, se impresionó tanto del mar, que decidió formar una familia y dar clases y cursos de igualdad y justicia en una escuela de Guerrero, pegado a la costa. Paco, se perdió en una montaña y posteriormente supe que decidió fundar un poblado llamado "Libertad" en la punta de una montaña en Monterrey. Los demás tri-

pulantes fueron encariñándose en algunos de los muchos lugares mágicos que visitamos y se fueron quedando en ellos.

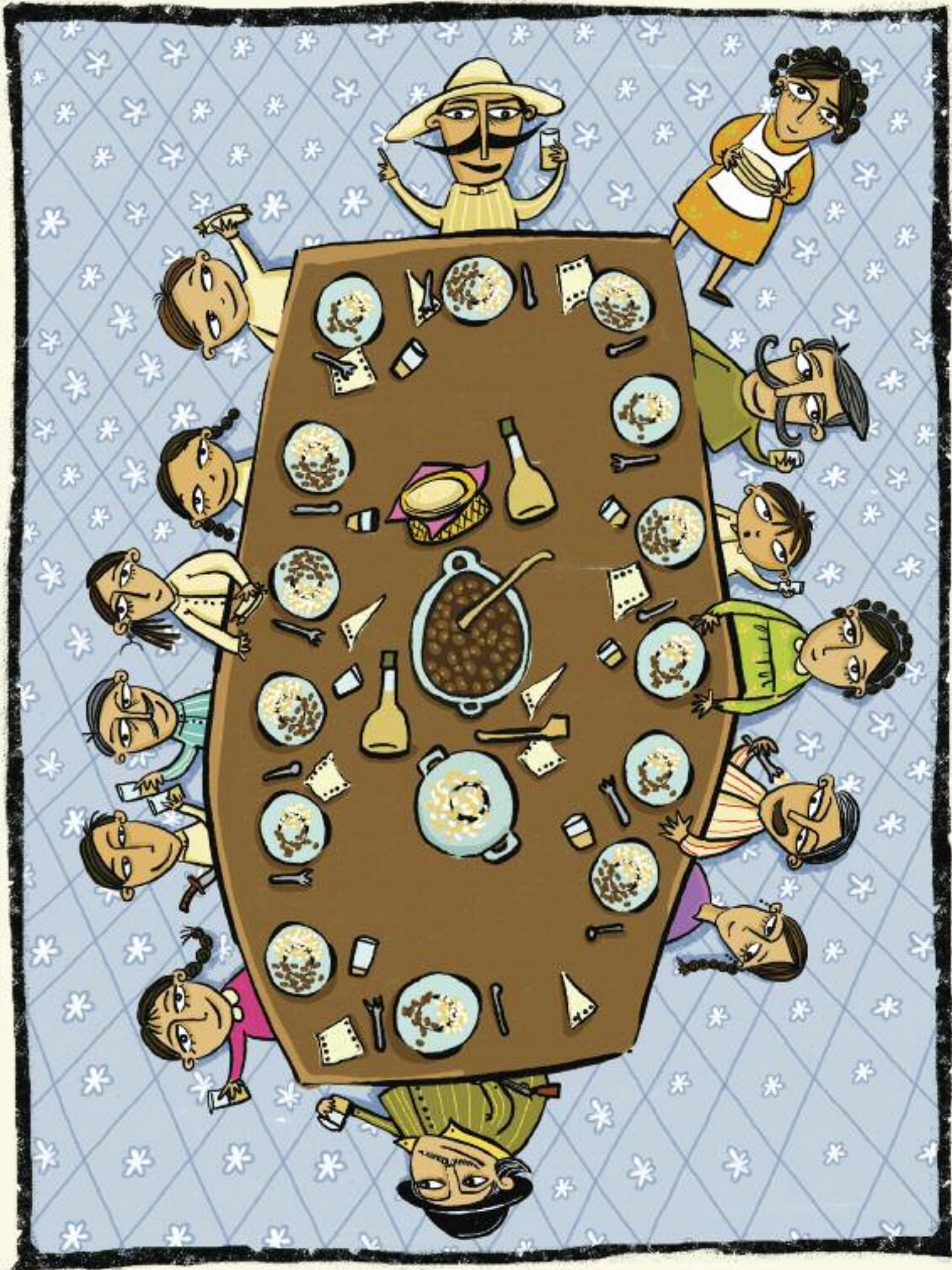
Ahora, y después de algunos años, mis hermanitos han desarrollado alas.

Como pequeña familia y de forma democrática, decidimos emprender caminos distintos. Clarisa, quien desarrolló unas alas de color rosa, quiere volar al norte; Luisito, con sus alas azules con rojo, sus colores predilectos, al sur; y yo...sólo quiero volar interminablemente con "Esperanza".

José Francisco,
un bandido
olvido en el

Alan
Silva
Torres

Tercera categoría, tercer lugar



“**F**uera bajo, cubran sus cabezas, nosotros los zapatistas seremos menos en parque y número de gentes, pero tenemos más valor y bravura que los del otro ejército y a diferencia de esos puercos, nosotros peleamos por un México nuevo, por los tatas y nuestras parentelas, por ya no vivir más en este mundo de porquería. Jalen sus gatillos, sin piedad, llenos de rencor, que después de jodernos a los uniformados, les prometo embriagarlos con el mejor pulque y atascarlos a ustedes y a todas sus crías, ¡apunten!, ¡disparen! y ¡mueran!, pero jamás se rindan ante ellos, que nos han tratado y visto con desprecio, que nos obligan a trabajar las tierras, sin gozar un beneficio de ellas. ¡Ataquen!, ¡disparen! y ¡maten! con o sin la autorización del padre.”

Era el mismo sermón que repetía a mis hombres en el campo de batalla, entre los balines y otros proyectiles, pero nunca lo manifesté con tanta euforia como en aquel día, tenía un pavor tremendo, jamás demostré algún miedo, mucho menos enfrente de ellos, ¿cómo hacerlo si era el líder?, el cabecilla de una de las tropas zapatistas más reconocidas, desde el Bravo hasta el Usumacinta. Todos los que me describen lo hacen

con respeto, con devoción, otros nomás dicen que soy un macho que los trae bien puestos, dispuesto a dar todo por su pueblo. Era mi virilidad y tenacidad las que ocultaban el pánico en mis pozos visuales, eran mi frivolidad y resistencia las que hacían que no mojara los calzones o hiciera rechinar mis dientes en los batallones, pero el miedo seguía presente.

No era temor por ser apresado y ajusilado como el viejo Jesús Arriaga. Tampoco era miedo ante la presencia de los hombres que me doblaban o triplicaban la edad y se encontraban a centímetros del aroma de mis hormonas en su proceso evolutivo, ya sea en pro o en contra del ideal a favor de la tierra y libertad. O ya fuere contribuyendo en la justa por la cabeza del rival o en el intento de cruzar la pólvora con mi cuerpo.

Era el miedo de morir como mi tata (José María) lo había hecho, a mano de los infelices puercos, el de repetir un ciclo sin fin entre los indígenas de mi sociedad, de batallas y reformas continuas pero que jamás favorecieron a la comunidad indígena, era un ciclo sanguíneo, una cadena sin fin, como la lluvia que cayó el día en que mi padre murió y vi sufrir al resto de mi familia, fuerte pero en silencio, como el viento cuando azota a las palomas en el cielo. La lluvia que el sol borra y no deja huella de su existencia, la misma que tarde o temprano se repite, cerrando y abriendo un nuevo ciclo, más fuerte y en el abismo del silencio, como los quejidos de los arraigados ignorados por el gobierno, en ese día que manifestaba con tanta euforia el padre nuestro de vuestras contiendas, al mismo sonsonete que

hace tres años en el pueblo de San Jacinto, la lluvia se repetía.

Un fuerte impacto sucumbió el silencio, en el instante en que las nubes mojaron los terrenos de San Jacinto y Rancho Viejo. Nos encontrábamos en el comedor del galerón, en una mesa larga y vieja, madera llena de hollín, polvorienta y sucia como las barbas de mi viejo que chopeaban grotescamente el caldo de granos negros que servían las criadas en aquel momento, toda mi casta estaba presente, disfrutando el banquete de frijoles charros y huevos refritos, las parteras, los ancianos y las mujeres de los peones, que trabajaban en la hacienda, con toda su perrada de escuincles que peleábanse por el pan de cada día, como lo era en el caso de mi familia. Todos gustaban de los sagrados alimentos ignorando el impacto que sucumbió el firmamento, todos a excepción de mi tata y el resto de los jornaleros, quienes antes del crepúsculo y el resonar de las campanas ya estaban labrando el campo y que ahora se encontraban tumbados en fila sobre los cafetales cubiertos por la neblina y la soberanía militar del régimen dictatorial de Díaz.

Tras un rato de mirar por el ventanal y ver cómo mi padre y el resto de los jornaleros

seguían echados al piso y un centenar de balas comenzaron a disparar al cielo, corrí presurosamente al bulto de muchedumbre donde se encontraba mi viejo, los otros corrían estremecidos hacia los pueblos vecinos y las mujeres ocultaban a sus peques entre la tierra, envueltos en trapos y rebozos, para pasar desapercibidos ante las balas que se perdían en el terreno de la propiedad comunal ahora porfirista militar.

Llegué pues a la ubicación donde reposaban el tata y los otros cuerpos, el lugar estaba convertido en un manjar de moscas y carroñeros, cientos de cuerpos desfilando el aroma de Marte y muerte en los cafetales, sus templos estaban hinchados, con las uñas del color de las uvas, con los cabellos enredados y el rostro irreconocible, ninguno de los sobrevivientes después del devastador ataque pudo confirmar el nombre de las personalidades, su cráneo parecía haber sido pisoteado por un caballo, mordisqueado por un burro y los sesos dispersados en las hectáreas del terreno junto a otros jornaleros, cuya situación era igual o peor que la de los que vi en ese momento, pero al fin y al cabo todos muertos y con pólvora en el cerebelo.

El viento soplaba los pastizales, en dirección contraria al declive del sol, el pueblo

gritaba de angustia y desesperación, las doñas lamentaban la pérdida del cónyuge peón y los nativos iban cayendo de par en par, como las gaviotas en alta mar, ante las balas del invasor.

Permanecí oculto entre los occisos con mis ojos ya humedecidos, la cabeza caliente y el corazón vengativo, pero me vi con la necesidad de salir del escondite, pues los federales empezaron a cubrir de lumbre los terrenos que se habían trabajado desde las generaciones de mi abuelo, eran años de trabajo y cansancio borrados por las incandescentes llamas que ni la misma lluvia pudo apagar sino hasta el otro día.

Todos salieron disparados como ratas del galerón, unos quemándose en el trayecto hacia la ermita del pueblo, donde los religiosos les negaban la entrada de sus sucias y chamusqueadas pisadas, sólo resultaban baleados en el portón del monumento cristiano, traicionados por los que portaban el alzacuellos, pero que no llevaban la cruz por dentro.

Corrí en sentido contrario de la muchedumbre, mi cobardía me había alejado de mi familia, tenía que regresar a la choza indígena, armarme de valor y despacharme a los hombres que culminaron con la vida de los arraigados indígenas.

Para cuando llegué era demasiado tarde, el cuerpo de mi hermana estaba embalsamado en sangre, los varones dormitaban eternamente, sin cerrar sus ojos negros, que no percibieron más que la injusticia del gobierno, con el pecho perforado y los brazos mutilados. Las maduras eran golpeadas y quebrantadas, tanto por los uniformados, como por miembros del clero representantes del Vaticano en tan jodido pueblo.

Intenté defender a la mujer que me trajo al mundo –hace trece años–, de hambruna y desprecio, de desigualdad entre hacendados y jornaleros, pero en el intento recibí un balazo en el pie derecho, el cual me inmovilizó por completo.

Estaba impotente, quería matar a esos desgraciados que me hicieron gritar como una nena, al ritmo que lo hacían las criadas por las tranquizas que les acomodaban, mi virilidad fue aplastada, prefería morir junto con el resto de la gente, lentamente decayó el cuello de sus cuerpos, los puercos cumplieron su cometido y al sonido del pitido del general Félix Cornejo, abandonaron los pueblos de San Jacinto y Rancho Viejo, no sin antes haberse fusilado al cura de la villa, que de cura nomás el nombre tenía.

La lluvia paró junto con el ataque invasor, el pueblo quedó de nuevo en silencio, la noche se cubrió de abismo y los cuervos sustituyeron a las estrellas en el vestíbulo eclesiástico del mismo.

A la mañana siguiente el cielo estaba enrojecido, como la neblina que cubría los cuerpos de mi tata y los otros jornaleros. Las campanas nunca más volvieron a resonar, al igual que las voces de los pocos sobrevivientes de San Jacinto, el pueblo de la opresión y el silencio fortuito.

Era el momento de buscar venganza, de liberar a las demás comunidades indígenas de la pobreza y de brindarles la tierra que por derecho divino nos pertenecía. El instante de buscar una igualdad, mínimo con el de la casta mestiza y capitalina, el de ya no ser vistos como los ignorantes y los mendigos.

Teníamos que unir fuerza, manifestar nuestras ideas, tumbar la dictadura porfirista y pelear por un México demócrata, por una nueva identidad netamente liberal, basados en la reforma juarista y renovando las normas por el régimen zapatista.

Fui de pueblo en pueblo, contando lo que hubo ocurrido en San Jacinto y Rancho Viejo. Fui de villa en villa repartiendo parque a todas las familias, con las sobras que quedaron en las galeras de las mías. Algunos incrédulos nomás no respondieron y otros se unieron a la contienda de momento.

Al principio sólo fuimos trece, los demás se quedaban en el camino o emigraban ha-

cia otros ejércitos también rebeldes. Pocos me juzgaban por mi edad, porque mi valor era el doble que el de los treintones, y mi voz de mando hacía sucumbir los pelotones.

Nuestras primeras batallas fueron difíciles, en medio de la selva y otras en la sierra, peleábamos contra batallones de entre cuarenta y setenta hombres, pero mis trece demostraban su coraje y las ganas de vivir en democracia en las batallas. No dejábamos a ninguno agonizando o merodeando en el campo por el pánico, todos morían de un buen balazo o degollados por mi machete y los que pedían clemencia eran torturados y después quemados.

Éramos los bandidos más temidos, el mismo Zapata nos reconocía como los mismos, mi tropa expandió sus ánimas indígenas, de trece a treinta y tres, y de treinta y tres a sesenta y seis.

Fueron tres años de guerrillas y muertes consecutivas. Nuestras manos color de barro pintábanse de rojo por la sangre que derramaban nuestros hermanos en el campo, nuestros párpados se tiraban de cansancio por arduo trabajo y nuestras esperanzas decrecían al no concordar con las ideas carrancistas y villistas. La lucha de revolución no fue una lidia unida, sino una de convic-

ción y de provecho, para tumbar al mandamás de la nación gobernante de todos los pueblos.

La lluvia cubrió de vid la selva chiapaneca, era la última vez que pisaría tierra. Frente a nosotros se encontraba el pelotón del general Félix Cornejo, el mismo que hace tres años había dado la orden pa' que matasen a los jornaleros. Bajábase de su caballo pura sangre, con un puro en la boca cubierto por un mechón negro entre la misma y su nariz de cuervo. Pisaba el lodo del campo, el que sería su tumba por los siglos de los siglos hasta que los carroñeros decidieran empacharse con su cuerpo olor a puerco, con sus botas de charol aún intactas sin ningún manchón.

Fijó su mirada con la mía, era mi destino morir en ese día, el presagio azteca y los chamanes del pueblo lo predcían, pero no me iría sin llevarme al general que pasó a fregar a mi comunidad.

Cité pues el rutinario sermón, en medio del tumulto y la matanza, el humo de las balas cegó mis ojos y el de los otros. Granadas, gritos y quejidos eran las notas de la sonata que abrazaban la batalla.

Dejó de caer agua del cielo, para abrirle paso a las balas que perforaban como animales docenas de cuerpos, cientos de ríos morenos y rojizos corrían en el aposento chia-paneco. Los caballos corrían tirando a los soldados cuyas cabezas quedaban aplastadas por sus toscas pisadas. Mataban sin mirar a quién, la niebla impedía reconocer a un indígena de un porfirista, no sólo peleábamos contra los puercos sino también contra la naturaleza cuyo clima demostraba la furia de la misma, por haber lacerado sus bó-

vedas verdosas, por matarnos entre hermanos por la ambición de un poder ejecutivo moderno.

La tierra era ceniza, los arraigados comenzaron a perder la razón mutilando el cuerpo del enemigo aunque ya estuviere finido, los uniformados dejaron las armas de fuego por los garrotes y los duelos cuerpo a cuerpo, los cañones callaron por un rato sus galopes y el general gozaba del espectáculo como si fuere una ópera o zarzuela, un evento muy al estilo romano, cientos de gritos y cuerpos tumbados al piso.

Éramos trece nuevamente, como en un principio, nos miramos fijamente, todos conscientes de que si seguíamos en combate, íbamos a ser una nueva ofrenda para Marte, un nuevo bocado para los miles de cuervos que desfilaban por el cielo, una cruz más en el firmamento chiapaneco. Pero los presagios parecían ya no importarnos, nuestras parentelas para ese entonces tal vez ya ni recordaban nuestros nombres, era nuestro deber morir como valientes que peleaban por una democracia y un mejor gobierno.

Al grito de un segundo y último sermón, nos lanzamos al ataque con carencias de parque, pero con abundante rencor y coraje, cortamos brazos, piernas y cabezas, los federales comenzaron a perder hombres significativamente y como en el juego de ajedrez poco a poco fueron perdiendo caballos, peones y torres en el terreno. El duelo estaba más que parejo, nos igualamos en cifras y la riña persistía.

Seguimos corriendo despachando más puercos, con el cuerpo encorvado, los pies descalzos y el resto del templo lleno de yagas y grietas rojizas, que por carencia de medi-

cina curábamos echándoles tequila. Unos corrían pensando en sus madres y el resto de su linaje, en sus peques y el futuro de sus intereses, otros no más por el instinto asesino y ver quién derramaba más sangre de sus cuerpos, si los indígenas o los puercos. Pero la mayoría había olvidado por qué peleábamos, luchábamos por una sociedad demócrata, porque la tierra, fuera reconocida como nuestra, combatíamos por ya no ser los reprimidos, pero nuestra codicia nos había separado del ideal con el que partimos a hacer justicia y revelarnos contra un sistema dictador que debía ser cambiado si queríamos un México mejor, lo demás era secundario, la venganza en mi caso, y las parentelas en otros tantos.

Un espontáneo cañonazo invadió el campo de batalla, el pánico llegó a su clímax y los cuerpos restantes decrecían gritando por la parte perdida de sus templos en la riña, vomitando sangre y vociferando sus últimas palabras, perdimos a más de la mitad de hombres en este último ataque con los cañones. Nos dispersamos por completo, en medio de los árboles y la cada vez más espesa neblina que cubría el aposento. De nuestras voces sólo se escuchaba el eco y nuestras miradas se guiaban con el resonar

de las balas y los sonares abundantes de las gotas de lluvia.

Estaba acorralado por el rival, temeroso y desesperado porque quería seguir peleando y mis fuerzas ya no daban para más, mis brazos derramaban sangre por los dedos hasta caer al suelo, mis ojos cerrábanse aún más, pero por un instante regresó mi espíritu guerrero, al ver sentado al puerco mayor, el general Cornejo, detrás de un árbol con el tronco gastado y del color de los granos de café que se cultivaban en mi pueblo.

Corrí con mi machete tras su pescuezo, era el momento de que pagara con su sangre las muertes que ocasionó bajo el régimen dictador, eché mi brazo atrás, para finalmente cortar por la espalda la garganta del general, mis ojos abríanse de nuevo, llenos de esperanza por un México nuevo.

La sangre bañó mi rostro completamente, pero no era rojiza federal, sino era la mía. Recibí un balazo justo cuando tenía al infeliz en mis manos, no me tumbó por completo, seguí buscando al puerco que asesinó a mi pueblo, herido y con el cuerpo adormecido, hasta que un segundo impacto cavó mis cueros.

“¡Que viva México!, el lugar donde nacieron, ¡viva la tierra y libertad!, que tarde o

temprano nos pertenecerán, ¡que viva nuestro pelotón!, que en cien años seremos olvidados y ni la selva recordará que derramamos sangre sobre sus verdosos senos, ¡vivan, vivan! y sean gloriosos mientras el tiempo no les robe sus años mozos. ¡Viva la comunidad indígena!, que si Zapata vence tendrán educación gratuita para todos y sus familias, ¡viva el régimen zapatista!, que alcance la igualdad de los arraigados aunque le cueste más de cien años lograrlo. ¡Vivan!, y Dios quiera que en cien años todos los bandidos que luchamos seamos recordados, ¡viva la democracia!, ¡viva el suelo y el firmamento de una nación democrata!, ¡vivan!, que vivan todos ellos.” Una tercera bala directo al pecho cayó mis últimos versos, tal vez perdimos la batalla, una lidia revolucionaria, pero no la guerra, una lucha que para nosotros aún no termina, una lidia por la neta democracia y la igualdad indígena. ¡Vivan los arraigados!, ¡viva la lucha por la democracia!, ¡viva México!, ¡que viva!

Cuentos de niños para niños, volumen 2, terminó de imprimirse en Talleres Gráficos de México, Av. Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280 México, D.F., en diciembre de 2007. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Nilda Ibarguren, técnica especializada "A". El tiraje fue de mil ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché brillante de 210 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Curlz, Frutiger y Kidstuff.